

MATHIAS ENARD

Habladles de batallas, de reyes y elefantes



Lectulandia

Al desembarcar en Constantinopla el 13 de mayo de 1506, Miguel Ángel sabe que está desafiando el poder y la cólera de Julio II, papa guerrero y mal pagador, por abandonar la construcción de su tumba en Roma. Pero ¿cómo rehusar la invitación del sultán Beyazid, que le propone, después de rechazar el diseño de Leonardo da Vinci, concebir un puente sobre el Cuerno de Oro?

Así comienza esta novela, íntimamente ligada a la historia, que parte de un hecho real para después intentar desentrañar los misterios de aquel viaje. Abrumadora como el encuentro del hombre del Renacimiento con las bellezas del mundo otomano, precisa y cincelada como una pieza de orfebrería, *Habladles de batallas, de reyes y elefantes* es el retrato de un artista en su esplendor y, también, una fascinante reflexión acerca del acto de crear y el significado que esconde un gesto inacabado hacia la otra orilla de la civilización.

A través de la crónica de estas semanas olvidadas de la historia, Mathias Enard esboza una geografía política cuyas dudas siguen acuciándonos cinco siglos después.

«Una pequeña joya.» *La Vie Littéraire*

Lectulandia

Mathias Enard

Habladles de batallas, de reyes y elefantes

ePub r1.0

Titivillus 29.11.15

Título original: *Parle-leur de batailles, de rois et d'éléphants*

Mathias Enard, 2010

Traducción: Robert Juan-Cantavella

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

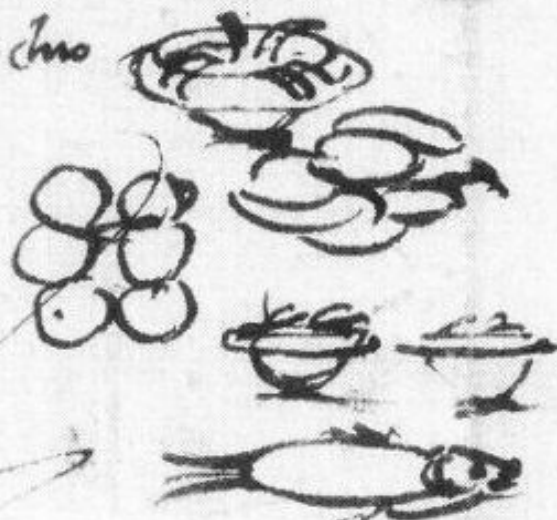
más libros en lectulandia.com

Ya que son niños, habladles de batallas y de reyes, de caballos, de diablos, de elefantes y de ángeles, pero no dejéis de hablarles de amor y de cosas semejantes.

pami dua
 a bô chial dui no
 una aringa
 tor cegli

una salara
 quattro pami
 u bô chial duto do
 oia quaruccio di bruscio
 u puerello di spinaci
 quattro a la co-
 to r tole

sei pami
 dua minestre di fino dno
 una aringa
 u bô chial di tondo



Ho misculato le
 due minestre

La noche no conduce al día. Arde en él. Al alba la llevan a la hoguera. Y con ella a sus gentes, los bebedores, los poetas, los amantes. Somos un pueblo de relegados, de condenados a muerte. No te conozco. Conozco a tu amigo turco, es uno de los nuestros. Poco a poco desaparece del mundo, engullido por la sombra y sus espejismos; somos hermanos. No sé qué dolor o qué placer lo ha empujado hacia nosotros, hacia el polvo de estrellas, puede que el opio, puede que el vino, puede que el amor; puede que alguna oscura herida del alma, bien oculta entre los pliegues de la memoria.

Tú deseas reunirse con nosotros.

Tu miedo y tu angustia te echan a nuestros brazos, y tratas de acurrucarte en ellos, pero tu cuerpo robusto permanece fiel a sus certezas, huye del deseo, rechaza el abandono.

No te culpo.

Habitas una prisión distinta, un mundo de fuerza y de valor donde esperas que te lleven a hombros. Crees merecer la benevolencia de los poderosos, aspiras a la gloria y la fortuna. Sin embargo, cae la noche y tiemblas. No bebes porque tienes miedo, sabes que el arrebató del alcohol te abisma en la debilidad, en la irresistible necesidad de recuperar las caricias, una ternura desaparecida, el mundo perdido de la infancia, la satisfacción, la calma ante la resplandeciente incertidumbre de la oscuridad.

Creas que deseas mi belleza, la suavidad de mi piel, el brillo de mi sonrisa, la sutileza de mis articulaciones, el carmín de mis labios, pero lo que en realidad deseas sin saberlo es la desaparición de tus miedos, la curación, la unión, el regreso, el olvido. Esa potencia te devora en soledad.

Entonces sufres, perdido en un crepúsculo infinito, con un pie en el día y el otro en la noche.

Tres balas de pieles de cibelina y de marta, ciento doce *panni* de lana, nueve rollos de satén de Bérgamo, otros tantos de terciopelo florentino dorado, cinco barriles de nitrato de potasio, dos cajas de espejos y un pequeño joyero: he aquí lo que desembarca tras Michelangelo Buonarroti en el puerto de Constantinopla el jueves 13 de mayo de 1506. Apenas la fragata está amarrada, el escultor salta a tierra firme. Vacilante tras seis días de fatigosa navegación. No hay constancia del nombre del drogmán griego que le está esperando, llamémosle Manuel; en cambio sí se conoce el del comerciante que le acompaña, Giovanni di Francesco Maringhi, florentino instalado en Estambul desde hace ya cinco años. Las mercaderías le pertenecen. Es un hombre afable, contento de conocer al escultor del *David*, ese héroe de la república de Florencia.

Evidentemente, entonces Estambul era muy distinta. Para empezar se llamaba Constantinopla. Santa Sofía reinaba en solitario sin la Mezquita Azul, la orilla oriental del Bósforo estaba desolada, el gran bazar todavía no era esa inmensa telaraña en la que se pierden los turistas del mundo entero para que los devore. El Imperio ya no era romano, ni era todavía el Imperio; la ciudad basculaba entre otomanos, griegos, judíos y latinos; el sultán tenía por nombre Beyazid, el segundo, apodado el Santo, el Piadoso, el Justo. Florentinos y venecianos le llamaban Bajazeto, los franceses Bajazet. Era un hombre sabio y discreto que reinó treinta y un años; gustaba del vino, de la poesía y de la música; no le hacía ascos a los jovencitos ni tampoco a las jovencitas; apreciaba las ciencias y las artes, la astronomía, la arquitectura, los placeres de la guerra, los caballos rápidos y las armas afiladas. Se desconoce qué lo llevó a invitar a Miguel Ángel Buonarroti, de los Buonarroti de Florencia, a viajar a Estambul, aunque el escultor ya gozaba en Italia de una gran fama. A sus treinta y un años, muchos veían en él al mayor artista de todos los tiempos. A menudo lo comparaban con el inmenso Leonardo, veinte años mayor que él.

Aquel año Miguel Ángel dejó Roma por un arrebató el sábado 17 de abril, víspera de la colocación de la primera piedra de la nueva basílica de San Pietro. Ya había ido cinco veces seguidas a rogarle al papa que honrase su promesa de dinero en metálico. Lo echaron de allí.

Miguel Ángel se estremece bajo su abrigo de lana, la primavera es tímida, lluviosa. Según nos cuenta Ascanio Condivi, su biógrafo, Michelangelo Buonarroti llega a las fronteras de la república de Florencia bien entrada la noche. Se detiene en un hostel a treinta leguas de la ciudad.

Miguel Ángel echa pestes de Julio II, el papa guerrero y autoritario que tan mal lo ha tratado. Miguel Ángel es orgulloso. Miguel Ángel es consciente de ser un artista de importancia.

Cuando está seguro de hallarse en territorio florentino, despide a los esbirros que el papa ha enviado tras él con orden de hacerlo volver a Roma, si es necesario a la fuerza. Llega a Florencia al día siguiente a la hora de cenar. Su criada le sirve un caldo escaso. Miguel Ángel insulta mentalmente al arquitecto Bramante y al pintor Rafael, los dos envidiosos que, según él cavila, han intrigado en su contra ante el papa. También el pontífice Julio della Rovere es un orgulloso. Orgulloso, autoritario y mal pagador. Al artista le ha tocado poner de su bolsillo el dinero para los mármoles que fue a seleccionar a Carrara para la tumba papal, un inmenso monumento que debería reinar en medio de la nueva basílica. Miguel Ángel suspira. El adelanto que le entregó el papa a la firma del contrato se ha agotado en materiales, en desplazamientos, en aprendices para escuadrar los bloques.

El escultor, agotado por el viaje y las cavilaciones, y tras entrar un poco en calor gracias al caldo, se arropa en su cama minúscula de hombre renaciente y se duerme sentado, la espalda contra un cojín, pues tiene miedo de la imagen de muerto que confiere la posición tendida.

El día siguiente espera un mensaje del papa. Se estremece de rabia solo de pensar que el pontífice, la víspera de su partida, ni siquiera se dignó recibirlo. Bramante el arquitecto es un imbécil, y Rafael el pintor un presuntuoso. Dos enanos que halagan la desmesurada soberbia del purpurado. Luego llega el domingo y Miguel Ángel come carne por primera vez en varios meses, un cordero delicioso cocido por su vecino el panadero.

Dibuja durante todo el día, sin apenas darse cuenta gasta tres sanguinas y dos minas de plomo.

Pasan los días. Miguel Ángel comienza a preguntarse si no habrá cometido un error. Duda sobre si escribir una carta a Su Santidad, recuperar su confianza y regresar a Roma. Jamás. En Florencia, la estatua de *David* lo ha convertido en el héroe de la ciudad. Le bastaría con aceptar los encargos que, al conocerse su vuelta, a buen seguro no le faltarán, pero eso desencadenaría la furia de Julio, pues ya se ha comprometido con él. La idea de verse obligado a humillarse una vez más ante el pontífice provoca en él un acceso de furia.

Rompe dos vasos y un plato de mayólica.

Luego, ya más tranquilo, vuelve a ponerse a dibujar, mayormente estudios de anatomía.

Tres días más tarde, después de las vísperas, precisa Ascanio Condivi, recibe la visita de dos monjes franciscanos que llegan empapados por culpa del chaparrón. Estos últimos días el Arno ha crecido mucho, se teme una riada. La sirvienta ayuda a los monjes a secarse. Miguel Ángel observa a los dos hombres, sus ropas maculadas de lodo en el dobladillo, sus tobillos desnudos, sus magras pantorrillas.

—Maestro, venimos a transmitirle un mensaje de la mayor importancia.

—¿Cómo habéis dado conmigo?

Miguel Ángel piensa divertido que Julio II los ha enviado bien menesterosos.

—Gracias a las indicaciones de vuestro hermano, maestro.

—He aquí una carta para vos, *maestro*^[1]. Se trata de una propuesta singular, procede de un personaje de suma importancia.

La carta no está cerrada, sino sellada por unos caracteres desconocidos. Cuando advierte que no se la envía el papa, Miguel Ángel no puede evitar sentirse decepcionado. Deja la misiva sobre la mesa.

—¿De qué se trata?

—De una invitación del sultán de Constantinopla, maestro.

Cabe imaginar la sorpresa del artista, sus pequeños ojos totalmente abiertos. El sultán de Constantinopla. El Gran Turco. Juguetea con la carta entre sus dedos. El papel encerado es una de las materias más suaves que existen.

Sentado ante los vientos del Adriático, en un barco en el Adriático, Miguel Ángel se lamenta. Su estómago se revuelve, los oídos le zumban, siente el miedo. Esta tormenta es una venganza divina. A lo largo de Ragusa, luego ante la Morea, le ronda por la cabeza la frase de san Pablo: «Para aprender a rezar hay que ir a la mar». Y la entiende. La inmensidad de la mar le asusta. Los grumetes hablan una horrible jerga nasal de la que no entiende ni la mitad.

Salió de Florencia el 1 de mayo para embarcarse en Ancona, tras seis días de indecisión. Los franciscanos regresaron hasta tres veces, y por tres veces los mandó de vuelta pidiéndoles que siguiesen esperando. Leyó y relejó la carta del sultán, con la esperanza de que una señal del papa pusiese fin a su incertidumbre. Julio II debía de estar demasiado ocupado con su basílica y con los preparativos para una nueva guerra. Después de todo, servir al sultán de Constantinopla suponía una dulce venganza contra aquel pontífice guerrero que lo había hecho expulsar como a un mendigo. Y la cantidad que le ofrecía el Gran Turco era asombrosa. El equivalente a cincuenta mil ducados, es decir, cinco veces más de lo que le ha pagado el papa por dos años de trabajo. Un mes. Eso es todo lo que pide Beyazid. Un mes para planificar, diseñar e iniciar la construcción de un puente entre Constantinopla y Pera, un barrio septentrional. Un puente para cruzar eso que llaman el Cuerno de Oro, el *Khrusokeras* de los bizantinos. Un puente en el centro del puerto de Estambul. Una obra de más de novecientos pies de largo. Miguel Ángel intentó persuadir a los franciscanos de que no estaba cualificado. Si el sultán os ha elegido lo estáis, maestro, respondieron ellos. Y si vuestro diseño no complace al Gran Turco, lo rechazará como ya rechazó el de Leonardo da Vinci. ¿Leonardo? ¿Yo después de Leonardo da Vinci? ¿Después de ese patán que desprecia la escultura? Acto seguido, y sin apenas darse cuenta, el monje encontró las palabras precisas para convencer a Miguel Ángel: *Si aceptáis, lo superaréis en gloria, pues habréis triunfado allí donde él fracasó, y le estaréis ofreciendo al mundo un nuevo monumento sin igual, como vuestro David.*

De momento, apoyado en una barandilla de húmeda madera, el escultor sin par, futuro pintor genial e inmenso arquitecto, no es más que un cuerpo doblado por el miedo y por las náuseas.

Así pues, todas esas pieles, todos esos *panni* de lana, esos rollos de satén de Bérgamo y terciopelo florentino, los barriles y las cajas desembarcaron después de Miguel Ángel el 13 de mayo de 1506.

Una hora antes, al doblar la punta del palacio, el artista vio la basílica de Santa Sofía, un gigante de anchas espaldas, un Atlas que lleva su cúpula hasta los confines del mundo conocido. Durante las maniobras de atraque, observó la actividad del puerto, vio cómo descargaban el aceite de Mitilene, los jabones de Trípoli, el arroz de Egipto, los higos secos de Esmirna, la sal y el plomo, la plata, los ladrillos y la madera para las obras; recorrió con la vista las pendientes de la ciudad, vislumbró el antiguo serrallo, los minaretes de una mezquita que se elevaban por encima de la colina; miró sobre todo la orilla de enfrente, las murallas de la fortaleza de Gálata, al otro lado del Cuerno de Oro, ese estuario que tan poco se parece a la desembocadura del Tíber. Así que es allí, un poco más lejos, donde se supone que hay que construir un puente. La distancia que hay que salvar es gigantesca. ¿Cuántos arcos harán falta? ¿Qué profundidad puede tener ese brazo de mar?

Miguel Ángel y su bagaje se instalan en una pequeña habitación en el primer piso de los almacenes del mercader florentino Maringhi. Han pensado que preferiría alojarse en casa de un compatriota. Su drogmán griego vive en un cuchitril justo al lado. La habitación en la que Michelangelo Buonarroti abre su equipaje da a una crujía de hermosos arcos de piedra; una fila doble de ventanas, muy altas, casi pegadas al techo, distribuye una luz que parece venir de ninguna parte, difractada por las persianas de madera. Una cama y una mesa de castaño, un baúl tallado en nogal, dos lámparas de aceite y un pesado candelabro circular de hierro en el techo, eso es todo.

Una pequeña puerta conduce a un cuarto de baño embaldosado con loza multicolor que a Miguel Ángel le trae sin cuidado, pues nunca se lava.

Michelangelo posee una libreta, un simple cuaderno que él mismo ha confeccionado: hojas plegadas en dos, unidas por un cordel, y unas cubiertas de cartón más grueso. No se trata de un cuaderno de dibujo, ahí no dibuja; tampoco anota los versos que le vienen de tanto en tanto ni los borradores de sus cartas ni, menos todavía, sus impresiones del día o sobre el tiempo que hace.

En ese cuaderno manchado registra tesoros. Interminables acumulaciones de objetos diversos, cuentas, gastos, suministros; materiales, menús, palabras, solo eso.

Su cuaderno es su baúl.

El nombre de las cosas les da vida.

11 de mayo, vela latina, gavia, amantillo, driza, despliegue.

12 de mayo, varenga, cabrestante, cabo, cortada, carlinga.

13 de mayo de 1506, estopa, yesca, mecha, chisquero, cera, aceite.

14 de mayo, diez hojas pequeñas de papel grueso y cinco grandes, tres hermosas plumas, un tintero, un frasco de tinta negra, un frasco de roja, minas de plomo, portaminas, tres sanguinas.

Dos ducados a Maringhi, avaro, ladrón, cicatero.

Por suerte, la miga del pan y el carbón son gratuitos.

Los tres primeros días, Miguel Ángel espera.

Sale poco, principalmente por la mañana, sin atreverse a alejarse de los alrededores de los almacenes del florentino que lo aloja. Manuel el traductor lo acompaña, le propone descubrir la ciudad, visitar la basílica de Santa Sofía o la magnífica mezquita que el sultán Beyazid acaba de hacer construir en una elevación. Miguel Ángel declina la invitación. Prefiere su paseo habitual: dar una vuelta por el caravasar, llegar al puerto, recorrer las murallas hasta la puerta della Farina, como la llaman los francos, contemplar tranquilamente la orilla opuesta del Cuerno de Oro y volver a sus dependencias. Su guía lo sigue silencioso. Apenas hablan. Por otra parte, Miguel Ángel no habla con nadie. La mayoría de las veces, el artista come en su habitación.

Dibuja.

Miguel Ángel no dibuja puentes.

Dibuja caballos, hombres y astrágalos.

Pasa tres días dibujando caballos, hombres y astrágalos hasta que finalmente el gran visir lo hace llamar. La delegación otomana está compuesta por un joven paje, un genovés llamado Falachi, y una escuadra de jenízaros con los cascos cubiertos por un turbante color carmín. Instalan al escultor en un araba color gris y oro de fogoso tiro, dos *sipahi* trotan delante del cortejo para abrirle camino, arreando con sus cimitarras el flanco de las yeguas.

En el coche, el paje Falachi le da conversación; explica el honor que para él supone hallarse en compañía del escultor, hasta qué punto se siente afortunado, y le describe la impaciencia de la corte por conocer al fin al inmenso artista que tan noble tarea se dispone a emprender. A Miguel Ángel le sorprende encontrar a un genovés tan cerca del Gran Turco. Falachi le sonríe y le dice que es un esclavo del sultán, le cuenta que de joven fue capturado por los corsarios y que su posición es envidiable. Es poderoso, respetado y, si eso importa, también muy rico. Manuel el griego asiente con la cabeza. Miguel Ángel hace a un lado la cortina que protege la ventana del coche y mira cómo las calles de Constantinopla desfilan al ritmo del convoy, ralentizado a menudo por porteadores o por grupos de comerciantes. Almacenes rebosantes de mercaderías, casas de madera, iglesias mahometanas cuyos patios claros, más allá de los porches, abren ojos de luz en la materia de la ciudad.

La visita será breve y sin mucho protocolo, precisa Falachi. Antes de nada, el visir quiere presentarle a quienes habrán de ayudarle a cerrar ciertos detalles que, aunque administrativos, no son menos importantes. A continuación, lo instalarán en un taller donde dispondrá de todo lo necesario para el ejercicio de su arte, dibujantes, maquetistas e ingenieros.

Ya en palacio, la omnipresencia de hombres armados le recuerda a Miguel Ángel sus visitas a Julio II, el papa guerrero. El enorme patio en el que bajan del coche resplandece bajo el sol y es umbrío al mismo tiempo. Una multitud de jenízaros y funcionarios controla las llegadas. Los edificios son bajos, nuevos, deslumbrantes, el artista adivina caballerizas, viviendas, cuerpos de guardia; los pasajes, por cuyos corredores lo conducen, nada tienen que ver con las bóvedas oscuras y ruinosas del palacio papal de Roma donde ni Rafael ni el propio Miguel Ángel han posado, todavía, su pincel.

El gran visir tiene por nombre Alí Pacha y recibe en un hermoso salón ceremonial decorado con marquetería, loza y motivos caligráficos. No hace falta explicarle a Miguel Ángel que debe arrodillarse ante ese hombre imponente tocado con un turbante, uno de los más poderosos del mundo conocido, rodeado por una retahila de escribas, de secretarios, de soldados. Enseguida, Falachi el paje le hace saber al artista que puede levantarse y acercarse. El visir tiene una voz firme. Habla un extraño italiano trufado de genovés, de veneciano o acaso de castellano. *Maestro*, te agradecemos que hayas aceptado la tarea que aquí te trae. *Maestro* Buonarroti, el sultán tu gran señor Beyazid se alegra de saberte entre nosotros.

Michelangelo baja la vista en un signo de respeto y gratitud.

No puede dejar de imaginar la reacción de Julio II cuando Su Santidad el papa, tan cristiano, sepa de esta entrevista y descubra que su escultor favorito se halla ahora junto al Gran Turco.

Este pensamiento infunde en él una mezcla bastante agradable de excitación y de terror.

El visir Alí Pacha le hace llegar a Miguel Ángel un contrato en latín y una bolsa de cien aspros de plata para sus gastos. El secretario que le entrega los papeles tiene las manos suaves, los dedos finos; se llama Mesihi de Pristina, es un erudito, un artista, un gran poeta, un protegido del visir. Un rostro de ángel, una mirada sombría, una sonrisa sincera; habla un poco de franco, un poco de griego; conoce el árabe y el persa. Luego llegan una serie de dignatarios: el *shehremini*, responsable de la ciudad de Constantinopla; el *mohendesbashi*, ingeniero jefe al que todavía no se llama arquitecto jefe; el *defterdâr*, administrador; toda una colección de sirvientes. Falachi y Manuel traducen tan rápido como pueden las palabras de bienvenida y el jaleo de la multitud. Toman al escultor por el brazo y lo introducen en la habitación contigua, donde está la comida preparada. Los pajes, medio escondidos detrás de sus aguamaniles dorados, ya vierten agua perfumada en las jofainas. Miguel Ángel el frugal prueba con desgana la carne de vaca con dátiles, las berenjenas marinadas, las aves a la melaza de algarroba; desorientado como está, no llega a reconocer ni el sabor de la canela ni el del alcanfor o la almáciga. El artista piensa que toda esa gente lo ignora a pesar de los fastos de bienvenida. Para ellos no es más que una imagen, un reflejo sin materia, y se siente ligeramente humillado.

Michelangelo el divino solo piensa en una cosa, y es ver el taller que le han prometido y empezar a trabajar.

Tu brazo es duro. Tu cuerpo es duro. Tu alma es dura. Seguro que no duermes. Yo sé que me esperabas. He advertido tus miradas, ahora mismo. Sabías que iba a venir. Al final todo llega. Anhelabas mi presencia, aquí estoy. Muchos desearían tenerme cerca, acostados en la oscuridad; mas tú me das la espalda. Siento tus músculos tensos, tus músculos de bárbaro o de guerrero. Hay que manejar la espada para tener unos brazos tan fuertes. La espada o la guadaña. Pero no te veo como un campesino, ni como un soldado, no estarías aquí. Eres demasiado rudo para ser un poeta como tu amigo turco. ¿Acaso un marinero, capitán, un mercader? No lo sé. No me mirabas como a una cosa que se puede comprar o poseer por las armas.

Me ha gustado tu forma de observarme mientras cantaba. La precisión de tus ojos, la delicadeza de tu codicia. ¿Y ahora qué? ¿Tienes miedo, extranjero? Soy yo quien debería tener miedo. No soy más que una voz en la oscuridad, desapareceré con el alba. Me deslizaré fuera de esta habitación en cuanto un hilo negro se distinga de uno blanco y los musulmanes llamen al rezo.

Me pagarán, no tienes nada que reprocharte. Déjate llevar al placer. Tiemblas. ¿No me deseas? Entonces escucha. Había una vez, en un país lejano... No, no voy a contarte una historia. Ya no es tiempo de historias. La época de los cuentos ha terminado. Los reyes son salvajes que matan a sus caballos sin desmontarlos; ya hace mucho que no regalan elefantes a sus princesas. Mi mundo está muerto, extranjero, he tenido que huir de él, abandonar hasta mis recuerdos. Yo era una criatura. Solo recuerdo el día de la derrota, mi madre alarmada, mi padre confiando en el porvenir, intentando tranquilizarla, nuestro príncipe el traidor huyendo tras abrir la ciudad a las armas cristianas. Fue en enero, una nieve fina resplandecía en la montaña. Hacía bueno. Isabel y Fernando, vuestros broncos soberanos católicos, han pasado la noche en la Alhambra; Fernando se ha quitado su armadura para montar a su real hembra en la habitación más hermosa de palacio, después de ordenar una misa victoriosa en la que todos sus caballeros, que entraron en la ciudadela sin luchar, rezaban con fervor. Tres meses después, y aunque habíamos visto cómo los nobles españoles se instalaban en la medina, fuimos expulsados. El exilio, la conversión o la muerte. Nosotros respetábamos a los cristianos. Había pactos, acuerdos. Olvidados en una sola noche.

Está claro que ya nunca volveré a ver el lugar en que crecí. Podría odiaros por eso, a ti y a tu cruz. Tendría derecho. Mi padre murió debido al sufrimiento del viaje. Mi madre está enterrada a dos parasangas de aquí. El sultán Beyazid nos acogió en esta capital conquistada a los romanos. Es justo. Ojo por ojo, ciudad por ciudad. Ya no tiemblas. Te acaricio suavemente y tú sigues helado, frío como un río. ¿No te gusta mi historia? Dudo que en realidad me estés escuchando. Debes de comprender ciertas palabras, alguna frase, trozos sueltos. Te sorprende que hable castellano. Te sorprenderían muchas otras cosas si hubieses visto Granada.

No siento amargura. Un pálido sol de invierno ilumina hoy Andalucía; la primavera ya no volverá. Las cosas pasan.

Se habla del Nuevo Mundo, se cuenta que más allá de los mares hay países infinitamente ricos, que los francos conquistan. Los astros nos eluden, nos hunden en la penumbra. La luz se va al otro lado de la Tierra, quién sabe cuándo volverá. No te conozco, extranjero. No sabes nada de mí, no tenemos en común más que la noche. Compartimos este momento a nuestro pesar. A pesar de los golpes que nos hemos llevado, las cosas destruidas, estoy contra ti en medio de la noche. No voy a entretenerte con mis cuentos hasta la aurora. No te hablaré ni de genios buenos ni de horribles gules, ni de viajes a islas peligrosas. Déjate llevar. Olvida tu miedo, aprovéchate de lo que soy, lo mismo que tú, un pedazo de carne que no pertenece a nadie más que a Dios. Toma un poco de mi belleza, del perfume de mi piel. Es una ofrenda. No va a ser una traición, es un juramento; ni una derrota, ni una victoria.

Solo dos manos aprisionándose, como se aprietan dos labios sin unirse jamás.

Todas las mañanas, Manuel el traductor visita a Miguel Ángel para preguntarle si necesita algo, si puede acompañarle a algún lugar. Las más de las veces encuentra al escultor ocupado dibujando, o bien completando en su cuaderno una de sus innumerables listas. A veces tiene la suerte de poder observar al florentino mientras traza, con tinta o con plomo, un estudio de anatomía o un adorno arquitectónico.

Manuel está fascinado.

Divertido por su interés, Miguel Ángel alardea. Le pide que ponga la mano sobre la mesa y en dos minutos esboza su puño, con la complejidad de los dedos curvados y la pulpa de las falanges.

—Es un milagro, maestro —susurra Manuel.

Michelangelo estalla en una carcajada.

—¿Un milagro? No, amigo mío, es simple genio, no necesito a Dios para hacerlo. Manuel se queda estupefacto.

—Es broma, Manuel. Se trata sobre todo de trabajo. El talento, sin trabajo, no es nada. Prueba tú si quieres.

Manuel, aterrado, niega con la cabeza.

—Pero yo no sé, *maestro*, no sé nada de dibujo.

—Yo te diré cómo aprender. No hay otra forma. Apoya tu brazo izquierdo en la mesa que tienes delante, la mano medio abierta, el pulgar relajado, y con la derecha dibuja lo que ves, una vez, dos veces, tres veces, mil veces. No necesitas ni modelo ni maestro. En la mano está todo. Huesos, movimiento, materias, proporciones e incluso tejidos. Confía en tu ojo. Vuélvelo a intentar hasta que sepas. Luego harás lo mismo con tu pie, poniéndolo sobre un taburete; luego con tu rostro, usando un espejo. Luego, solo te quedará pasar a un modelo, para las posturas.

—¿Creéis que es posible, *maestro*? Aquí nadie dibuja de ese modo. Los iconos...

Miguel Ángel lo interrumpe con firmeza.

—Los iconos son imágenes de niños, Manuel. Pintados por niños y para niños. Te lo aseguro, sigue mis consejos y verás como acabarás dibujando. Luego podrás divertirme copiando iconos tanto como quieras.

—Lo intentaré, *maestro*. ¿Os place que salgamos a pasear o a visitar un monumento?

—No, Manuel, de momento no. Aquí estoy bien, la luz es perfecta, mi página está libre de sombras, estoy trabajando, no necesito nada más, te lo agradezco.

—Bien. Mañana iremos a ver vuestro taller. Hasta entonces.

Y el drogmán griego se retira, preguntándose si se atreverá a poner la mano sobre la mesa y empezar él también a dibujar.

El taller está en las dependencias del antiguo palacio de los sultanes, a dos pasos de una mezquita grandiosa cuyas obras acaban de finalizar. El secretario poeta Mesihi, el paje Falachi y Manuel han acompañado a Miguel Ángel a tomar posesión del lugar, un poco inquietos por la reacción del artista.

Una sala alta, abovedada, repleta de una multitud de dibujantes e ingenieros en fila ante grandes mesas abarrotadas de dibujos y planos.

Maquetas en expositores, varias maquetas distintas de una obra extraña, un puente singular, dos parábolas que generan un tablero en su asíntota, sostenidas por un único arco, un poco como un gato que arqueara la espalda.

He aquí vuestro reino y vuestros súbditos, *maestro*, dice Falachi. Mesihi añade una fórmula de bienvenida que Miguel Ángel no alcanza a entender. Su mirada está clavada en las maquetas.

—Se trata de modelos realizados a partir de un dibujo propuesto por Leonardo da Vinci, *maestro*. Los ingenieros lo juzgaron inventivo aunque imposible de construir, y, cómo decirlo, al sultán le pareció más bien... más bien feo, a pesar de su ligereza.

El gran Da Vinci no entiende nada sobre escultura, y al parecer tampoco entiende nada de arquitectura.

Miguel Ángel el genio se acerca al proyecto de su célebre decano; lo observa durante un minuto y, a continuación, de un enorme manotazo lo hace caer del zócalo; el edificio de madera encolada retumba sobre sus cuatro patas sin romperse.

El escultor posa entonces su galocha derecha sobre el modelo a escala y lo aplasta con rabia.

El puente sobre el Cuerno de Oro debe unir dos fortalezas, es un puente real, un puente que, de dos orillas opuestas en todo, fabricará una ciudad inmensa. El diseño de Leonardo da Vinci es ingenioso. El diseño de Leonardo da Vinci es tan innovador que le asusta. El diseño de Leonardo da Vinci no posee el menor interés porque no ha tenido en cuenta ni al sultán, ni a la ciudad, ni a la fortaleza. Miguel Ángel sabe por instinto que él irá mucho más lejos, que él lo conseguirá, porque él ha visto Constantinopla, porque él ha entendido que la obra que le piden no es una pasarela vertiginosa, sino el cimiento de una ciudad, de la ciudad de los emperadores y los sultanes. Un puente militar, un puente comercial, un puente religioso.

Un puente político.

Un pedazo de materia urbana.

Los ingenieros, los maquetistas, Mesihi, Falachi y Manuel tienen los ojos clavados en Miguel Ángel como uno mira una bombarda con la mecha encendida. Esperan a que el artista se calme.

Lo cual sucede. Sus ojos brillan, sonríe, se diría que acaba de salir de un sueño muy agitado. Aparta con el pie los restos de la maqueta, luego dice claramente:

—Este taller es magnífico. A trabajar. Manuel, haz el favor, llévame a visitar la basílica de Santa Sofía.

El 18 de mayo de 1506, de pie en la breve explanada, Michelangelo Buonarroti observa la iglesia que, solo cincuenta años antes, era todavía el centro de la cristiandad. Piensa en Constantino, en Justiniano, en la púrpura de los emperadores y en los cruzados más o menos bárbaros que entraron en ella a caballo para salir cargados de reliquias; veinte años más tarde, en el momento de dibujar una cúpula para la basílica de San Pedro en Roma, volverá a pensar en la cúpula de Santa Sofía, cuyo perfil avista desde la plaza en que los estambulitas se apresuran para la oración de la tarde, guiados por el reloj humano del muecín.

Junto a él, Mesihi, pese a ser hijo de Pristina, puede que también recuerde su emoción al llegar por primera vez a Constantinopla, a Estambul, residencia desde hacía poco del sultán y capital del Imperio. Sin dejar de tomar al escultor por el brazo, y señalando a los fieles que pasan por el inmenso nártex del edificio, le dice:

—Sigámoslos, *maestro*.

Y Miguel Ángel, ayudado por el poeta y por la fascinación que ejerce en él edificio tan sublime, se sobrepone a su miedo y su disgusto por las cosas musulmanas para penetrar en ellas.

El escultor nunca ha visto nada parecido.

Dieciocho pilares del más hermoso mármol, losas de serpentina y revestimientos de pórfido, cuatro arcos cimbrados que sostienen una cúpula vertiginosa. Mesihi lo lleva arriba, a la galería desde donde se domina la sala de oraciones. Michelangelo solo tiene ojos para la cúpula, y sobre todo para las ventanas por las que entra con firmeza un sol filtrado en cuadrículas, una luz jubilosa que dibuja iconos sin imágenes en los paramentos.

Semejante impresión de ligereza a pesar de la masa, semejante contraste entre la austeridad exterior y la elevación, casi la levitación del espacio interior; el equilibrio de las proporciones en la mágica simplicidad del plano cuadrado donde se inscribe a la perfección el círculo de la cúpula, el escultor está a punto de derramar una lágrima. Si su maestro Giuliano da Sangallo pudiese verlo. Seguro que el viejo arquitecto florentino se pondría inmediatamente a dibujar, a anotar detalles, a trazar alzados.

Por debajo de él, en el coro, los fieles se postran sobre innumerables alfombras. Se arrodillan, posan la frente en el suelo, luego se levantan, miran sus manos tendidas al frente como si sujetasen un libro y luego se las llevan a los oídos para entender mejor un clamor silencioso, y se arrodillan de nuevo. Farfullan, salmodian, y el murmullo de todas esas palabras inaudibles zumba y se mezcla con la luz pura, sin imágenes piadosas, sin esculturas que desvíen de Dios la mirada; solo algunos arabescos, serpientes de tinta negra, parecen flotar en el aire.

Seres extraños estos mahometanos.

Seres extraños estos mahometanos y su catedral tan austera, sin siquiera una imagen de su Profeta. Por intermediación de Manuel, Mesihi le explica a Miguel Ángel que las capas de yeso blanco disimulan los mosaicos y los frescos cristianos que en otro tiempo cubrían las paredes. Las inscripciones en caligrafía son nuestras imágenes, maestro, las de nuestra fe. Manuel descifra para él aquellas escrituras bárbaras: No hay más dios que Dios, Muhammad es su profeta.

—Muhammad es a quien vos llamáis Maometto, maestro.

Ese a quien Dante envía al quinto círculo del Infierno, piensa Miguel Ángel, y enseguida vuelve a volcarse en la contemplación del monumento.

Constantinopla, 19 de mayo de 1506

A Buonarroto di Lodovico di Buonarrota Simoni in Firenze

Buonaroto, hoy 19 de mayo he recibido una carta tuya en la que me recomiendas a Piero Aldobrandini y me conminas a que haga lo que me pide. Has de saber que me ha escrito aquí para que le haga fabricar una hoja de daga y me las ingenie para que sea maravillosa. No acierto a saber cómo podría servirle bien y rápido: para empezar, porque esa no es en modo alguno mi profesión, y además porque no puedo dedicarle mucho tiempo. No obstante, me las arreglaré para que quede satisfecho, de una manera u otra.

En cuanto a vuestros asuntos, y en especial los de Giovan Simone, lo he entendido. Me gustaría que se instale en tu tienda, pues deseo ayudarle tanto como vosotros. Y si Dios me concede su ayuda, como siempre hasta la fecha, espero que muy pronto habré terminado lo que tengo que hacer aquí, pues así regresaría y cumpliría con todo lo que os he prometido. Sobre el dinero que según me dices quiere invertir Giovan en un negocio, creo que deberás pedirle que espere a mi regreso, y así lo arreglaremos todo de una vez. Sé que me entiendes, y eso me basta. Dile de mi parte que si aún quiere la suma que me comentas, habrá que cogerla de la cuenta de Santa María la Mayor. De aquí todavía no tengo nada que enviaros, porque no he visto más que un poco de dinero por mi trabajo, que aún es cosa dudosa y podría llevarme a la ruina. Por eso os pido que seáis pacientes durante un tiempo, hasta mi regreso.

En cuanto al deseo de Giovan Simone de venir a visitarme, por el momento no lo aconsejo, pues aquí vivo en una habitación cochambrosa y no podría en absoluto recibirlo como es debido. ¡Si insiste dile que aquí no se puede venir en una jornada a caballo!

Nada más.

Rezad a Dios por mí y por que todo salga bien.

Tu Michelagnolo

19 de mayo: bujías, lámpara, dos monedas pequeñas; caldo (hierbas, especias, pan, aceite), otro tanto; fritura de pescado, dos palomos, un ducado y medio; servicio, una moneda pequeña; cobertor de lana, un ducado.

Agua fresca y clara.

Un laúd, una mandora y una viola que Miguel Ángel no sabe llamar *ud*, *saz* y *kaman*, acompañados por un pandero tocado por los dedos ora zalameros, ora violentos de una joven vestida de hombre cuyos brazaletes de metal tintinean al ritmo, y añaden de vez en cuando una percusión metálica al concierto y distraen un tanto al artista florentino de esta música salvaje a la vez que melancólica: con este acompañamiento, la joven —o el joven, pues sería complicado asegurar cuál es su sexo, pantalón bombacho y amplia camisa— canta unos poemas que Michelangelo no entiende. Entre dos estrofas, mientras la pequeña orquesta se entrega en cuerpo y alma, ella, o él, danza; una danza elegante y contenida en la que el cuerpo da vueltas, evoluciona alrededor de un ángulo fijo sin apenas mover los pies. Una lenta ondulación de cuerda destensada trajinada por el viento. Si es un cuerpo de mujer, es perfecto; si es un cuerpo de hombre, Miguel Ángel pagaría lo que fuese por ver sobresalir los músculos de sus muslos y de sus pantorrillas, moverse su osamenta, sus hombros animando sus bíceps y pectorales. Por momentos, el pantalón bombacho deja entrever un tobillo, fino aunque poderoso, retorcido por el esfuerzo; la camisa, que se detiene por debajo del codo, antes de los brazaletes, desvela al ritmo el relieve de los músculos del antebrazo, que el escultor ama como la más hermosa parte del cuerpo, aquella a la que más sencillo resulta imprimirle movimiento, expresión, voluntad.

Poco a poco, sentado sobre sus cojines con las piernas cruzadas, Miguel Ángel se siente invadido por la emoción. Sus oídos olvidan la música, aunque puede que sea la propia música la que lo mantiene sumido en ese estado, hace que sus ojos vibren llenos de lágrimas que no llegará a derramar; como aquella tarde en Santa Sofía, como cada vez que toca la belleza o se acerca a ella, el artista se estremece de felicidad y dolor mezclados.

Junto a él, Mesihi lo observa; lo ve en brazos de ese placer del cuerpo y a la vez del alma, que solo el Arte o quizá el opio y el vino pueden ofrecer, y sonríe, contento por descubrir que el huésped extranjero se conmueve al ritmo de esas joyas andróginas que no deja de mirar.

Tras la visita a la basílica, Miguel Ángel optó por descansar un poco, no sin antes dar una primera orden a su equipo, que Manuel se apresuró a transmitir: Necesito sin falta los planos y alzados de Santa Sofía, secciones y alturas. Nada más sencillo, le aseguraron, pero ¿para qué? El escultor se mostró evasivo. Luego se retiró a la sobriedad de su habitación, absorbido por el papel y la pluma hasta que las voces siempre sorprendentes de esas campanas humanas en lo alto de los minaretes le confirmaron, junto con la sombra cada vez más larga sobre su página, que el sol acababa de ponerse. Escribió dos cartas, una a su hermano Buonarroto en Florencia, para darle instrucciones sobre su hermano menor Giovan Simone, y la otra a Giuliano da Sangallo en Roma, correo que al día siguiente le confiaría al mercader Maringhi. Apenas las había doblado cuando Manuel llamó a la puerta para anunciarle la visita de Mesihi de Pristina, quien deseaba invitarle a una velada; luego beberían y cenarían, si es que le apetecía. Miguel Ángel vaciló, pero la dulce insistencia del

intérprete y del poeta, así como la posible presencia del visir Alí Pacha en persona, le ayudaron a decidirse.

Así que se dejó llevar, a pie por entre las templadas calles de la ciudad. Las tiendas cerraban, los artesanos concluían su trabajo; los perfumes de rosas y de jazmín, decuplicados por la noche, se mezclaban con el aire marino y con los efluvios menos poéticos de la ciudad. El escultor, deslumbrado todavía por la visita de la tarde, se mostraba desconcertantemente locuaz. Le explicó a Mesihi hasta qué punto Constantinopla le recordaba a Venecia, la cual había visitado hacía diez años; había algo de Santa Sofía en la basílica de San Marcos, algo que se expresaba de forma desordenada, ahogada por los pilares, algo que el artista no acertaba a describir, puede que apenas la ilusión de un recuerdo. Mesihi le preguntó por Roma, por Florencia, por los poetas y los artistas; Miguel Ángel habló de Dante y de Petrarca, genios imprescindibles de quienes ni Manuel ni Mesihi habían oído ni el nombre; de Lorenzo el Magnífico, añorado patrón de las Artes que había transformado Florencia. La conversación llegó hasta Leonardo da Vinci, el único personaje que Manuel y Mesihi podían citar; Miguel Ángel trató de explicarles que aquel viejo era detestable, dispuesto a venderse al mejor postor, a ayudar a todos los ejércitos en guerra, con ideas de otro tiempo sobre el Arte y la naturaleza de las cosas. Mesihi contó cómo al comienzo de su reinado el sultán Beyazid estuvo en guerra con el papa a causa de su hermano Djem, rival renegado que se había refugiado en Italia, primero en Roma, luego cerca del rey de Nápoles; cómo esa guerra fue seguida por otra, con la república de Venecia. El Imperio no hizo las paces con las potencias de Italia hasta pasados unos años.

Llegaron a una puerta de hierro entre unos muros altos y sin ventanas, en la cual se abrió enseguida una mirilla. Un sirviente los condujo a un florido patio, iluminado por antorchas. En una estancia con techo de madera que daba a ese patio, había dispuestos cojines y alfombras. Les sirvieron bebidas perfumadas y frutas frías. Luego llegaron otros invitados; entre ellos, el visir Alí Pacha y su inseparable paje genovés, que saludaron a Miguel Ángel con una distancia que al artista le parece humillante. Empieza el concierto; el escultor se ha emocionado y ahora duda si aplaudir a la bailarina o bailarín que acaba de finalizar su actuación. Pero al ver que los presentes se contentan con retomar sus charlas sin mayor señal de admiración, se contiene. Mesihi se vuelve hacia él y le pregunta, en su extraño franco y sonriendo, si el espectáculo es de su agrado. El florentino asiente con pasión, él que nunca se ha sentido interesado por la música, sin duda porque allá de donde es él la música no es más que una triste actividad de monjes, y la danza un trabajo de adiestradores de osos y campesinos jaraneros.

Incapaz de seguir los debates en turco, Miguel Ángel, todavía estremecido de emoción, continúa con su contemplación del bailarín (cada vez está más convencido de que se trata de un hombre y no de una mujer), que se ha sentado entre los músicos con las piernas cruzadas, a unos pasos. Hasta que esa belleza no esboza una sonrisa

en su dirección, él no aparta la mirada, incómodo. Afortunadamente, no necesita disimular su turbación. Mesihi se ha levantado entre los murmullos de los espectadores. De pie, empieza a recitar unos versos: una melodía armoniosa, rítmica, de la que Miguel Ángel no entiende más que las asonancias. El laúd acompaña por momentos al poeta; a veces el público puntúa el final de los versos con un ah de *h* interminable, con suspiros, con murmullos admirativos.

Cuando Mesihi vuelve a sentarse, Manuel trata en vano de traducir lo que acaban de escuchar; Michelangelo apenas entiende que era cuestión de amor, embriaguez y crueldad.

En la desamparada soledad de quien todo lo ignora de una lengua, de los códigos y los usos de la reunión en la que toma parte, Miguel Ángel se siente vacío, objeto de atenciones que no alcanza a descifrar. Mesihí se ha sentado de nuevo junto a él; Alí Pacha ha provocado el ruidoso regocijo de la asamblea al pronunciar, casi cantando, estas palabras misteriosas, *Sâqi biyâ bar khiz o mey biyâr*, seguidas de un efecto inmediato: un sirviente ha distribuido copas azuladas, Manuel ha explicado lo evidente, *Ven, copero, levántate y trae el vino*, y con paso mágico, con un gesto en que el pesado pichel de cobre no pesa nada, el bailarín o la bailarina, tan ligero o tan ligera, ha rellenado los vasos uno tras otro, empezando por el del visir. Miguel Ángel el genio se estremece cuando aquellas telas sueltas, aquellos músculos tensos se le acercan a tal punto, y él, que no bebe nunca, se lleva ahora la copa a los labios en señal de gratitud hacia los anfitriones y en homenaje a la belleza de aquel o aquella que le ha servido el vino espeso y especiado. Ciprés cuando está de pie, es un sauce cuando, inclinado sobre el bebedor, el copero inclina el recipiente del que surge el líquido negro de reflejos rojos bajo la luz de las lámparas, zafiros que juegan a ser rubíes.

Los comensales han formado un círculo, los músicos se hacen a un lado. El bailarín, la bailarina, se sienta y de nuevo deviene cantante durante el tiempo que tardan las copas en vaciarse. Fascinado por la poderosa voz que tan fácilmente se eleva en los agudos, Miguel Ángel no tiene oídos para la explicación del traductor, que se empeña en comentar el canto. Esta segunda embriaguez, la de la dulzura de los rasgos, de los dientes de marfil entre los labios de coral, de la expresión de las frágiles manos posadas sobre las rodillas, es más fuerte que el vino turbador, mas él sigue engulléndolo a grandes tragos, con la esperanza de que vuelvan a servirle, con la esperanza de que esa criatura tan perfecta se acerque otra vez a él.

Lo cual sucede y vuelve a suceder entre canción y canción durante horas hasta que, vencido por tantos placeres y vino, el sobrio Michelangelo se adormece arrellanado en los cojines, como un niño mecido en demasía.

A maestro Giuliano da Sangallo, architetto del papa in Roma

Giuliano, he entendido por una de tus cartas que el papa no se ha tomado bien mi ausencia y que Su Santidad está dispuesto a depositar los fondos y hacer todo aquello que habíamos convenido, que desea que yo regrese y me pide que no dude de él.

En lo tocante a mi marcha de Roma, lo cierto es que el Sábado Santo, sentados a la mesa, escuché cómo el papa le decía a un joyero y al maestro de ceremonia que no estaba dispuesto a gastar ni una perra más en piedra alguna, ni grande ni pequeña, lo cual me dejó anonadado. Antes de despedirnos, le pedí lo que necesitaba para proseguir con mi obra. Su Santidad me respondió que volviese el lunes; así que volví el lunes y el martes y el miércoles y el jueves, en vano. Finalmente, el viernes por la mañana fui despachado, o más bien echado, y aunque aquel que me puso en la calle decía reconocerme, dijo también que eran órdenes.

De modo que, dado que el sábado escuché las palabras susodichas, al ver su efecto fui presa de un gran desánimo. Pero no es esa la sola causa de mi partida, hay también otro asunto que no quiero escribir aquí. Baste con apuntar que, de haberme quedado en Roma, mi tumba hubiese sido construida antes que la del papa. Ese es el motivo de este movimiento súbito.

Ahora vos me escribís de parte del papa, y sin duda le leeréis la presente: que Su Santidad sepa que estoy más dispuesto que nunca a finalizar mi obra. Hace casi cinco años que estamos de acuerdo sobre la sepultura; estará en San Pedro y será tan hermosa como prometí. Estoy convencido de que, si llega a realizarse, no habrá en el mundo nada parecido.

*Os ruego pues, mi queridísimo Giuliano, que me hagáis llegar la respuesta.
Nada más.*

A día 19 de mayo de 1506,
vuestro Michelagnolo, escultor de Florencia

El sobrio Michelangelo se ha adormilado entre los cojines y se despierta solo y angustiado en su cama de madera. Los párpados sellados por retales de pesadillas. Recuerda vagamente que Mesihi y Manuel lo han llevado en un coche o una litera y lo han depositado en su cama. La vergüenza lo atormenta. Aprieta los dientes. Se tira de la barba, quisiera arrancarla. Tal es el dolor de los remordimientos que decide refugiarse en la oración. *Perdona Dios mío mis pecados, perdona Dios mío que me halle entre infieles, no me dejes caer en la tentación y líbrame del mal.*

Después se levanta, tambaleante como al salir de la nave de la que desembarcó unos días antes, decidido a regresar a Florencia cuanto antes. Sin duda tiene miedo. Puede que, inclinado sobre él, vea al papa furioso blandiendo la excomunión, piensa en el Juicio Final, en reunirse con Mahoma en uno de los círculos del Infierno, donde será descuartizado y eviscerado para toda la eternidad, entre diablos y demonios.

Pero ¿acaso no es el propio papa el que lo ha obligado a partir? ¿Acaso no lo ha querido Dios? ¿Acaso Su Santidad no lo ha puesto en la calle, y además sin siquiera pagarle? Solo sus hermanos saben que ahora está en Constantinopla. De momento sigue ocultando su visita y remitiendo sus cartas desde Florencia, por intermediación del mercader Maringhi, a quien le ha pedido la mayor discreción. Aunque se supiese que no está en la Toscana, lo creerían en Bolonia o en Venecia, incluso en Milán, mas nunca con el Gran Turco.

Sin que sirva de precedente, el inmenso escultor va al cuarto de baño y se salpica la cara con agua helada para lavarse las angustias, pero también para borrar los efectos del recio vino de la víspera. Luego, ya despejado, se ata por costumbre una tela alrededor de la cabeza a la manera de un turbante, como hacen los artistas para protegerse del polvo de mármol o de las salpicaduras de pigmento. ¿Lo hace porque ha pensado en las esculturas de la tumba de Julio II, por simple manía, o para conjurar los efectos de la migraña, como si su corazón batiese con fuerza en sus meninges sobrecargadas por el vino, que le tensa el cuello como haría el engrudo? Sin duda por todo a la vez.

Cuando llaman a su puerta el escultor está en su mesa, bosquejando de memoria los tobillos y las pantorrillas del copero de la noche anterior, con trazos finos y rápidos. No recuerda su nombre. Mesihi le explicó algo sobre su procedencia, su lejano origen, pero también lo ha olvidado. Con cierto pesar, levanta la vista de su dibujo.

—Mesihi de Pristina está aquí, *maestro*.

Junto con la noticia de la visita, el sirviente del mercader Maringhi le trae una sopa de menudillos y un pedazo de pan.

—Mejor bajaré, comeré abajo.

Se pone una túnica, se calza sus galochas, sale a la galería, camina hasta la escalera y se presenta en el patio. Mesihi le espera sentado en un taburete a la sombra de una gran higuera. Esa mañana, el cielo de Estambul es extraordinariamente azul, un color puro que se extiende hasta las piedras del caravasar, contra las hojas del

árbol de un verde intenso.

El sirviente acerca un segundo taburete, una caja de madera, dos platos de consomé humeante, un pan moreno y unos brotes de ajo tierno.

Al ver que Michelangelo se acercaba, Mesihi se ha puesto en pie y lo ha saludado con gracia. Elegantemente vestido, con una brillante sonrisa y su esbelta silueta, el poeta se ha cuidado de maquillar ligeramente sus ojos, sin duda para ocultar los efectos del exceso y la falta de sueño. Al no estar Manuel presente, los dos hombres han de contentarse con los rudimentos de franco que conoce Mesihi si es que quieren comunicarse. Miguel Ángel se esfuerza en hablar poco a poco, articulando; a Mesihi esa lengua le recuerda a los mercaderes italianos de su infancia, las entonaciones dálmatas de su madre, una cristiana capturada en Ragusa. No hablan de Arte ni de poesía ni de arquitectura sino del gusto de la sopa, del buen tiempo que hace; por razones distintas, ni uno ni otro evocan la velada de la víspera. Cuando han dado cuenta del desayuno, el doméstico acerca una jarra de cobre y les rocía las manos con agua.

Junto con un dibujante y un ingeniero que se les unen, el gran artista y el poeta favorito del visir dejan los almacenes de Maringhi el florentino y se dirigen al puerto.

Miguel Ángel anota el nombre de las mercaderías aun ignorando el de las embarcaciones de todos los tamaños que las acarrearán y que se apresuran por desembarcar su carga y dejar sitio a las siguientes: aceite de Mitilene, jabones de Trípoli, arroz de Egipto, melaza de Creta, tejidos de Italia, carbón de Izmit, piedras del Bósforo.

Durante el resto de la mañana, en los muelles, alrededor de la puerta en las murallas de la ciudad y hasta el centro del puerto, adonde los llevan en barca, Miguel Ángel y los ingenieros observan y toman medidas. El escultor florentino contempla el paisaje, la colina fortificada de Pera al otro lado del Cuerno de Oro, la gloria de Estambul ante sus ojos; los geómetras calculan con precisión la extensión del brazo de mar, le muestran al artista el emplazamiento exacto previsto para el puente. Discuten de unidades de distancia, codos florentinos o venecianos, *kulag* y *endazé* otomanos; finalmente desembarcan en la otra orilla, en un barrio tan escarpado que las torres que lo defienden parecen erguirse en paralelo a la pendiente.

Seres extraños esos mahometanos tan tolerantes con las cosas cristianas. Pera está poblada principalmente por latinos y griegos; las iglesias son numerosas. Se distinguen algunos judíos y moros por sus ropajes. Recientemente, todo aquel que se ha negado a convertirse al cristianismo ha sido expulsado de España.

Una vez terminada la visita y tomadas las medidas, el artista siente el deseo de volver a Constantinopla para ponerse a dibujar.

Todo comienza en las proporciones. La arquitectura es el arte del equilibrio. Al igual que en el cuerpo todo está regido por leyes precisas, longitud de los brazos, de las piernas, posición de los músculos, un edificio obedece a reglas que garantizan la armonía. El ordenamiento es la clave de una fachada, la belleza de un templo reside en el orden interno de la articulación de sus elementos. En un puente será la cadencia de los arcos, su curva, la elegancia de los pilares, de las alas, del tablero. Nichos, gargantas, ornamentos para las transiciones, todo eso también; pero en la relación entre bóvedas y pilares ya estará todo dicho.

Miguel Ángel no tiene ni idea.

Esta obra debe ser única, toda una obra de arte, como el *David*, como la *Pietà*.

Al trazar sus primeros esbozos, piensa en Leonardo da Vinci, tan opuesto a él que parecen vivir en dos épocas separadas por una infinidad de eones.

Ante sus láminas, Miguel Ángel piensa en las musarañas. Todavía no es capaz de ver ese puente. Se ahoga en los detalles. Su experiencia en arquitectura es muy breve; los croquis de la tumba de Julio son su obra más arquitectónica hasta el momento. Qué bien le vendría tener a Sangallo a su lado. Lamenta haber aceptado este desafío. Puede que no solo sepan que está aquí, sino que además le estén esperando. No duda ni por un instante que la mano de hierro del papa o las mortales conspiraciones romanas puedan alcanzarlo allí donde les plazca.

Un puente gigantesco entre dos fortalezas.

Un puente fortificado.

Miguel Ángel sabe que las ideas llegan dibujando, así que esboza formas sin descanso, arcos, pilares.

El espacio entre las murallas y la orilla es escaso.

Piensa en el viejo puente medieval de Florencia, esa rana coronada por almenas y poblada por carnicerías con olor a cadáver, estrecha, tan recogida sobre sí misma que no deja ver ni la majestuosidad del río ni la grandeza de la ciudad. Recuerda la sangre que se vierte al Arno por los regueros durante la época de la matanza de animales. Ese puente siempre lo ha horrorizado.

La envergadura del trabajo que tiene por delante le asusta.

El diseño de Da Vinci lo tiene obsesionado. Es vertiginoso y sin embargo erróneo. Vacío. Sin vida. Sin ideal. Decididamente, Da Vinci se tiene por un Arquímedes y olvida la belleza. La belleza viene del abandono del refugio de las formas antiguas por la incertidumbre del presente. Miguel Ángel no es ingeniero. Es un escultor. Le han hecho venir para que una forma nazca de la materia, para que sea dibujada, para que sea revelada.

De momento, la materia de la ciudad le resulta tan impenetrable que no sabe con qué herramienta atacarla.

Miguel Ángel ha incorporado un nuevo ritual a su vida medio ociosa, además del paseo diario con Mesihi. Le pide a Manuel que le lea. Cada tarde se reúne con el drogmán y este le traduce poemas a viva voz, cuentos turcos o persas, tratados griegos o latinos que han ido juntos a escoger en la hermosa y nueva biblioteca cuyas puertas, como privilegio propio de un rey, le ha abierto Beyazid al artista.

Decididamente, estos otomanos son los maestros de la luz. La biblioteca de Beyazid, como su mezquita, está bañada por un sol omnipresente pero discreto cuyos rayos nunca caen directamente sobre los lectores. Hace falta toda la atención de un Miguel Ángel para descubrir, en el sabio juego de la posición y de la orientación de las aberturas, el secreto de la milagrosa armonía de este espacio simple, cuya majestuosidad, en lugar de abrumar al visitante, lo sitúa en el centro del dispositivo, lo halaga, lo exalta y lo tranquiliza.

La curiosidad de Miguel Ángel no tiene límites.

Todo le interesa.

Escoge manuscritos desconocidos, relatos de los que todo lo ignora. Hace que Manuel le lea *El banquete* y se divierte con los juegos de Sócrates, con esas sandalias para no ensuciarse los pies, pues se ha aseado para ir a beber a casa de Agatón. Los tratados eruditos le interesan sobre todo por las historias que esconden.

Por ejemplo, de la obra *De architectura* de Vitruvio, el único tratado sobre la materia que se conserva de la Antigüedad, Miguel Ángel se quedará con la anécdota de Dinócrates mucho más que con las consideraciones sobre las proporciones de los templos o la organización urbana. *Dinócrates, fiado de su experiencia y habilidad, partió un día de Macedonia en pos del ejército de Alejandro, que era entonces el señor del mundo, con el objeto de dársele a conocer. Al salir de su patria, llevó consigo algunas cartas de recomendación de parientes y amigos para los más distinguidos personajes de la corte, a fin de introducirse con mayor facilidad. Tras ser recibido por estos con suma cortesía, les suplicó que le presentasen a Alejandro cuanto antes. Pero aunque se lo prometieron, dilataron algún tiempo ese momento esperando una ocasión oportuna. Creyendo Dinócrates que lo estaban burlando, no le quedó otra que recurrir a él mismo. Era de buena estatura y rostro agradable. De donde él venía la belleza iba unida a una gran dignidad. Tales presentes de la naturaleza lo llenaban de confianza. Así que se quitó las vestiduras en la posada, se untó todo el cuerpo con aceite, se puso una corona de álamo en la cabeza, cubrió su hombro izquierdo con la piel de un león, y armado con una clava en la mano derecha fue a presentarse ante el tribunal donde el rey administraba justicia. La novedad de este espectáculo atrajo la atención de la multitud. Alejandro acaba por ver a Dinócrates y, sorprendido, ordena que le dejen acercarse y le pregunta quién es. «Soy el arquitecto Dinócrates —responde él—, y mi patria es Macedonia. Los modelos y los planos que presento a Alejandro son dignos de su grandeza. Le he dado al monte Athos la forma de un hombre que tiene en su mano izquierda el recinto de una ciudad, y en la derecha una copa en la que vienen a verter sus aguas todos los*

ríos que salen de la montaña, para que de allí caigan a la mar.»

Acostado en su cama de madera, Miguel Ángel escucha con pasión la indecisa voz de Manuel. Este Dinócrates es ingenioso.

Desde la noche de los tiempos hay que humillarse ante los Césares.

Se imagina frente a Julio II, vestido con una piel de animal y con un rompecabezas en la mano, y no alcanza a reprimir una carcajada.

20 de mayo: pimienta en grano, palos de canela, nuez moscada, alcanfor, pimientos secos, pistilos de azafrán, hierba del turco, agrimonia, cinamomo, comino, botones del árbol del clavo, euforbio y mandrágora de Oriente, cuatro buenas onzas por solo dos aspros, podría hacerse una buena fortuna con este comercio.

Miguel Ángel pasó la jornada recorriendo la ciudad y sus bazares en compañía de Mesihi el poeta. Al escultor le sorprendía entenderse tan bien con un infiel. Su amistad era tan intensa como discreta.

Mesihi arrastró a Miguel Ángel lejos hacia el sur, más allá de las murallas de Bizancio, hasta un extraño mercado al aire libre, el mercado de lo vivo, de hombres y de animales. Miguel Ángel observaba con espanto los esbeltos cuerpos de los esclavos negros llegados de Abisinia, las mujeres blancas raptadas en el Cáucaso o en Bulgaria, las caravanas de desdichados, atados los unos a los otros, que esperaban mejor suerte en el hogar de un rico estambulita o trabajando en unas obras. No tardó en apartar la vista ante la miseria de sus correligionarios.

Los animales eran todavía más impresionantes.

Allí estaba presente toda la creación, o casi. Bueyes, carneros, caballos dorados, alazanes, corceles árabes de un negro de noche, dromedarios de pelo corto, camellos con un largo vestido de lana, y, en un rincón, los mamíferos más raros, llegados de la lejana India a través de Persia.

A Mesihi la estupefacción del florentino le divertía mucho.

Dos pequeños elefantes golpeaban a su madre con las trompas.

Michelangelo sintió deseos de acercarse y acariciarlos.

—Se dice que eso da suerte, Mesihi.

Al poeta le hizo mucha gracia ver cómo el artista llegaba incluso a meterse en el lodo para tocar con la punta de sus dedos la piel rugosa de esas enormes bestias.

—¿Queréis uno?

Por un momento, el florentino se imaginó la cara de Maringhi el avaro descubriendo un elefante en su patio, lavándose en su fuente. Una perspectiva muy agradable.

—No estaría bien por mi parte someter a este suntuoso animal al escaso rancho que se sirve en casa de mi anfitrión, Mesihi.

—Me parece justo, *maestro*. Mirad, he dado con algo que os convendría más.

En una alta jaula de metal, un minúsculo mono de color leonado, con la mano en la boca, observaba con desconfianza al poeta. Al ver a Miguel Ángel, empezó a interpretar una danza, quedó suspendido de los barrotes por la cola, cayó con gracia de nuevo al suelo y le saludó, como un artista tras su número.

Miguel Ángel le aplaudió entre risas.

—Se diría que sabe reconocer a un público favorable —dijo Mesihi con guasa.

—Tenéis razón. Y lo que es más, su perilla le da un aire como de seriedad. Es un mono noble, digno de un personaje importante.

—Entonces os lo regalaré. Os hará compañía mientras trabajáis.

Miguel Ángel no se lo tomó en serio y no se molestó en protestar. Cuando se vio con la jaula en la mano ya era demasiado tarde.

—Es muy amable de vuestra parte, no era necesario. Su compañía me recordará la vuestra —añadió en un tono meloso.

Mesihi, desconcertado por un instante, estalló en carcajadas al ver la pífida sonrisa en la boca del artista.

Ahora el animal brinca alegremente por la habitación, salta sobre la cama, encima de la mesa, se cuelga de la puerta abierta de su vivienda, atrapa una semilla, va a molestar a Miguel Ángel en sus anotaciones.

Esa energía le encanta.

Mira durante un buen rato al mono como un niño observa un móvil imprevisible, y vuelve a sumergirse en sus innumerables esbozos del puente.

A primera vista se trata de un arte en todo distinto al de Mesihi, el de la grandeza de la letra, el grosor del trazo que recrea el movimiento, la colocación de las consonantes, los espacios dispuestos bajo el yugo de los sonidos. Cálamo en mano, el poeta calígrafo ofrece un rostro a las palabras, a las frases, a los versos o a los versículos. Se sabe que también dibujaba miniaturas, pero parece que esas imágenes no han sobrevivido, a menos que alguna dormite todavía en un manuscrito olvidado. Escenas de bebedores, rostros, jardines en los que se acuestan los amantes y animales fantásticos que los sobrevuelan, ilustraciones de grandes poemas místicos o novelas cortesanas. Mesihi, pintor anónimo, no firma más que sus versos, que tampoco son tantos; prefiere los placeres, el vino, el opio, la carne, a la austera tentación de la posteridad. A menudo lo encuentran ebrio, apoyado en la pared de la taberna, al alba; entonces le hacen volver en sí, y ya solo le queda sudar un rato en los baños de vapor, masajeándose las sienes para reconstituir su cuerpo. Mesihi ama a hombres y mujeres, a mujeres y hombres, canta las alabanzas de su patrón y las delicias de la primavera, en ambos casos con dulzura y desesperanza; al igual que Miguel Ángel, no conoció la paternidad, ni siquiera el matrimonio; a diferencia de Miguel Ángel, no hallaba consuelo alguno en la fe, aunque apreciaba la acuática calma del patio de las mezquitas y el canto fraternal del muecín en lo alto del minarete. Amaba sobre todo la ciudad, los antros ruidosos donde bebían los jenízaros, el trasiego del puerto, el acento de los extranjeros.

Y, más que cualquier cosa, el dibujo, la herida negra de la tinta, esa caricia rasgada en el grano del papel.

Tu ebriedad es tan dulce que me aturde.

Respiras suavemente. Estás vivo. Me encantaría pasar a tu lado del mundo, ver en tus sueños. ¿Sueñas con un amor blanco, frágil, allá, tan lejos? ¿Con una infancia, con un palacio perdido? Sé que ahí no tengo sitio. Que ninguno de nosotros tendrá sitio. Estás cerrado tras un caparazón. Sin embargo no te costaría abrirte, una grieta minúscula por la que se abismaría la vida. Adivino tu destino. Te quedarás en la luz, te ensalzarán, serás rico. Tu nombre inmenso cual fortaleza nos disimulará en su sombra. Lo que has visto aquí se perderá en el olvido. Estos instantes desaparecerán. Tú mismo olvidarás mi voz, el cuerpo que has deseado, tus temblores, tus titubeos. Me gustaría tanto que conservases algo. Que te llevases una parte de mí. Que mi país lejano calase en ti. No un vago recuerdo ni una imagen, sino la energía de una estrella, su vibración en la oscuridad. Una verdad. Sé que los hombres son niños que ahuyentan su desesperanza con la cólera, su miedo en el amor; en el vacío, al que responden construyendo castillos y templos. Se aferran a los relatos, los ponen por delante como estandartes; cada uno hace suya una historia para inscribirse en la multitud que la comparte. Se los conquista hablándoles de batallas, de reyes, de elefantes y de seres maravillosos; contándoles la bondad que habrá más allá de la muerte, la intensa luz que presidió su nacimiento, los ángeles que lo acompañan, los demonios que lo amenazan, y el amor, el amor, esa promesa de olvido y de saciedad. Habladles de todo eso, y os amarán; harán de ti el igual de un dios. Pero tú sabrás, puesto que estás aquí contra mi cuerpo, tú el franco maloliente que el azar ha arrojado en mis brazos, tú sabrás que todo eso no es más que un velo perfumado que esconde el eterno dolor de la noche.

22 de mayo: ofita, cipolino, canela, serpentino, delfín, pórvido, jaspe, obsidiana, alabastro. Solo nombres, colores, materias, mientras lo más hermoso, lo único que cuenta, es blanco, blanco, blanco, sin vetas, ranuras ni coloraciones.

Echa en falta el mármol.

Su dulzura en la dureza. La fuerza delicada que es menester para trabajarlo, el tiempo que cuesta pulirlo.

Miguel Ángel cierra con prisa el cuaderno cuando Manuel entra en la habitación sin llamar.

—*Maestro*, disculpadme, pero estamos preocupados.

Michelangelo deja la pluma.

—¿Por qué, Manuel? ¿Qué es eso que tanto te inquieta?

De repente Manuel parece confuso. Decididamente, es misterioso este florentino.

—Pero, *maestro*, vuestra lámpara ha ardido durante toda la noche, y no habéis probado bocado desde ayer por la mañana.

Desde su palo, el mono parece escuchar atentamente la conversación.

El escultor suspira.

—Es cierto, tienes razón. Ahora que lo dices, creo que tengo hambre.

De pronto, el joven griego parece reconfortado.

—Si así lo deseáis, puedo hacer que os suban algo de comer.

—Eres muy amable, Manuel.

Antes de salir, todavía en el umbral, el drogmán se muestra indeciso.

—¿Puedo haceros una pregunta, maestro?

—Pues claro.

—¿Qué habéis hecho toda la noche a la luz de la bujía? ¿Habéis trabajado en el puente?

Miguel Ángel sonríe por la ingenua curiosidad del traductor.

—No, a riesgo de decepcionarte: no. Me he ocupado en una tarea mucho más ardua, amigo mío, un auténtico desafío.

El artista siente que la respuesta no acaba de satisfacer la curiosidad de su interlocutor, que permanece inmóvil con la mano en la puerta.

—He dibujado un elefante —añade.

Intuyendo que no sacará en claro nada más, Manuel, atónito, sale de la estancia en dirección a las cocinas.

Anteayer monos y elefantes, hoy hierro, plata y latón. En el calor cegador de la forja, Mesihi le enseña a Miguel Ángel el trabajo de los artesanos del sultán. El equilibrio más perfecto entre dureza y ductilidad, he ahí lo que le confiere a una daga o a un sable su resistencia y su filo.

Es un raro privilegio que Mesihi ha obtenido de Alí Pacha para el florentino. Los arsenales y sus técnicas son guardados con mayor celo si cabe que el harén. Un tanto alejados de la ciudad, para evitar posibles incendios, allí se forjan las espadas, las armaduras, los cañones de las culebrinas y de los arcabuces. En el corazón de este arsenal, una pequeña manufactura fabrica las más hermosas hojas, con la ayuda de lingotes de un acero inimitable importado de la India, donde los dibujos concéntricos del metal ya son visibles.

Miguel Ángel queda fascinado por la actividad de los herreros, por la potencia de los forjadores y de los encargados de los fuelles. El jefe del taller en el que se encuentran Miguel Ángel y Mesihi es un sirio que el sultán arrebató a los mamelucos como presa de guerra. No parece incómodo por el calor ni tampoco sudado, en cambio el artista está empapado en su jubón.

Miguel Ángel se saca de la camisa un dibujo que ha hecho esa mañana, tras su noche elefantina. Se trata de un puñal ornamentado, de hoja recta, simétrica sobre el eje de la guarda, en una proporción perfecta, del orden de los dos tercios. El sirio no sale de su asombro, le explica a Mesihi que es imposible hacer algo así, un arma pagana, en forma de cruz latina, que eso trae mala suerte e irrita a Dios. Mesihi de Pristina sonríe y le dice al florentino que el esbozo no resulta conveniente. A Miguel Ángel le sorprende. A pesar de todo, es una forma pura. Como no está dispuesto a perder el tiempo en discusiones teológicas, el escultor pide una hora, una mesa, una mina de plomo y tinta roja para los motivos. Se instala en una estancia aparte, bien ventilada, donde el calor es más soportable.

Mesihi no le quita el ojo de encima.

Observa cómo la mano del artista reproduce su diseño inicial, volviendo a sacar las proporciones con un compás; luego curva ligeramente la hoja hacia abajo, a partir del segundo tercio, y compensa esta curvatura con una inclinación de la parte alta de la guarda, lo cual confiere al conjunto un imperceptible movimiento de serpiente; una ondulación que disimulará con un sencillo friso, apoyado en la parte inferior. Dos curvas que se completan y se anulan en la violencia de la punta.

La cruz latina ha desaparecido para dar lugar a una obra maestra innovadora y hermosa.

Un milagro.

Ha pedido una hora, y en cuarenta minutos los dos diseños están acabados, la cara y el reverso, así como un medallón para el detalle del friso.

Satisfecho con el trabajo, Miguel Ángel sonríe. Pide un poco de agua; Mesihi se apresura en conseguírsela y corre a enseñarle esa belleza al sirio, quien a su vez queda maravillado.

Luego hay que escoger el tipo de acero de Damasco. Miguel Ángel se decide por un acero de los más sólidos, bastante oscuro, cuyos dibujos casi invisibles no interferirán con la decoración.

Será un arma de rey.

De modo que el rico Aldobrandini tendrá que pagar un precio real.

Los dos artistas vuelven felices a su embarcación y salen de Scutarion hacia Estambul.

Al viajar por las aguas inmóviles del Bósforo, Miguel Ángel recuerda la travesía que separa Mestre de Venecia, donde estuvo en su juventud. No es extraño que haya tantos venecianos aquí, piensa. Esta ciudad se asemeja a la Serenísima, pero en proporciones fabulosas, aquí todo parece multiplicado por cien. Una Venecia invadida por las siete colinas y el poder de Roma.

Constantinopla, 23 de mayo de 1506

A Buonarroto di Lodovico di Buonarrota Simoni in Firenze

Buonaroto, puedes anunciarle a Aldobrandini que tendré su daga y que será espléndida. Creo poder expedírsela a principios del mes que viene. Quizá sea más seguro esperar a mi regreso y que sea yo mismo quien se la lleve, pero habrá de tener un poco más de paciencia. Mis trabajos aquí todavía no avanzan demasiado, y por lo tanto no puedo fijar una fecha.

Leo en tu carta que te encuentras perfectamente, lo celebro.

En cuanto a la suma que de nuevo me pides, comprendo vuestras necesidades; has de saber que aquí mi habitación cochambrosa me cuesta una fortuna y que todavía no he visto nada de la suma que me han prometido. Como ya te dije, si Giovan Simone vuelve a insistir, te conmino a que te dirijas a la cuenta de Santa María la Mayor.

Ruega a Dios que todo vaya lo mejor posible.

Nada más.

Tu Michelagnolo

El 27 de mayo, Alí Pacha el gran visir hace llamar a Miguel Ángel por intermediación de Mesihi. Desea ser informado sobre el avance de los trabajos. Al transmitirle esta disposición al florentino, el poeta se muestra un tanto nervioso; ha sentido la impaciencia en la orden del visir, una impaciencia que sin duda procede del propio sultán.

Beyazid se inquieta por su puente.

El ceremonial es menos impresionante que en el primer encuentro. Alí Pacha recibe al escultor en el diván. Este ha tenido que esperar durante largo rato, sentado a la sombra de un árbol, en compañía de Mesihi el funcionario, a quien le costaba esconder su turbación y caminaba arriba y abajo como el mono en su jaula.

Falachi ha llegado a buscar a Miguel Ángel y a su acompañante para presentarlos ante el sustituto de la sombra de Dios en la Tierra. El genovés se muestra menos afable que de costumbre, y Miguel Ángel empieza a sentir esa tensión que ya ha hecho presa en su compañero.

Sentado en una tarima y rodeado de ministros y sirvientes, Alí Pacha hace una señal a Mesihi para que se acerque. Miguel Ángel permanece respetuosamente detrás.

El diálogo es breve; el visir apenas pronuncia dos frases, a las cuales su protegido responde con una palabra.

Luego llega el turno del florentino.

En esta ocasión el visir habla en turco. Falachi traduce.

—El sultán está impaciente por saber de tus avances, maestro. Y nosotros también.

—Muy pronto será posible, señor. En diez días a más tardar.

—Hemos sabido que no haces uso de los ingenieros y dibujantes de que dispones, y que no acudes por el taller que te hemos abierto. ¿Por qué? ¿No es de tu agrado?

—Sí, señor, claro que sí. Simplemente es demasiado pronto. En cuanto tenga unos cuantos croquis dispondré que realicen las maquetas y ejecuten los planos.

—Está bien. Entonces esperaremos esos resultados. Regresa a tu trabajo, y que Dios sea contigo.

Miguel Ángel siente que esta frase significa su despido, se inclina respetuosamente y Falachi lo toma por el brazo para llevárselo. De pie, esperan algunos segundos a que Alí Pacha le dirija a Mesihi una última recomendación, un consejo que hace sonreír al paje; si Miguel Ángel entendiese turco, hubiese comprendido que el visir esperaba que su protegido no hubiese arrastrado al arquitecto invitado del sultán a sus costumbres de exceso, y que el retraso en sus trabajos no se debiese a un gusto demasiado asiduo por la taberna.

Al salir de la entrevista, una vez franqueada la puerta del diván para volver al patio, Miguel Ángel está de mal humor.

Bajo todos los cielos hay que humillarse ante los poderosos.

Nada de dinero.

Nada de una nueva bolsa de aspros para sus gastos.

Ni una perra de lo que estaba previsto en el contrato.

¿Habrá que creer que la riqueza y el fasto llaman a la avaricia?

En el saber que han pergeñado a lo largo de sus encuentros, Michelangelo se abre a Mesihi, un tanto vejado por la observación del artista. No, Alí Pacha y Beyazid no son tan avariciosos, ni ingratos tampoco. Bastará con que el escultor enseñe un solo dibujo y lo cubrirán de oro.

Podría incluso ser recibido por el sultán en persona, privilegio muy raro para un extranjero.

En la plaza en que se levanta la entrada monumental del nuevo palacio, hay una gran aglomeración y tambores. Un heraldo grita. Una tropa de jenízaros contiene a la multitud.

—Es una ejecución, *maestro*. Pasemos de largo.

Pero Miguel Ángel quiere ver. Él, que ha aprendido anatomía disecando cadáveres putrefactos en las morgues de Florencia, que ha visto morir en la hoguera a Savonarola, a él no le asusta la sangre ni la violencia contra el cuerpo. Así que se acerca, seguido por un Mesihi renuente.

—Ese no es espectáculo para vos, maestro. Vámonos.

Miguel Ángel insiste. Se planta entre el público, en las primeras filas.

Al lívido condenado lo arrastran de sus ataduras, lo arrodillan suavemente. El hombre se deja hacer, se diría que ya está lejos de allí; curva él mismo el espinazo ofreciendo la nuca.

El verdugo se acerca, la hoja de su sable brilla un instante al sol. El silencio absoluto de la multitud permite oír el breve crujido de sus cervicales, el desgarramiento de sus carnes, el choque matizado de la cabeza contra el embaldosado, el líquido chapoteo de la sangre salpicando en el suelo.

Miguel Ángel cierra los ojos un segundo para encomendarle a Dios el alma de aquel miserable.

Los asistentes del verdugo recogen los despojos con respeto y los envuelven en unos paños.

Mesihi desvía la mirada con aire de disgusto.

A Miguel Ángel le sorprende la docilidad del condenado.

—Seguramente le habrán administrado opio para aligerar su tormento. Ahora vámonos.

El escultor, convencido de que ya no queda nada que ver, sigue a su guía.

—¿Mesihi?

—¿Sí, *maestro*?

—Eso mismo, deja de llamarme *maestro*. Mis amigos me llaman Michelagnolo.

El poeta reanuda el paso, halagado y conmovido, temeroso de que alguien pueda atisbar su rubor.

En una de las pechinas de la capilla Sixtina, enfrente de la bandeja sobre la cual una majestuosa Judith lleva la cabeza de Holofernes, David se dispone a decapitar a Goliat; su brazo azul de pigmento puro porta una gran cimitarra paralela al suelo, una mancha de luz cae sobre su espalda curvada por el esfuerzo.

Está claro que Miguel Ángel todavía no piensa en estos frescos que realizará tres años más tarde y que le valdrán una gloria mucho mayor todavía; de momento en la cabeza no tiene más que un puente, un puente cuyo dibujo desea acabar lo antes posible a fin de cobrar su paga y dejar esa ciudad turbadora, familiar en cierto modo pero a la vez decididamente otra; por la cual, sin embargo, no se cansa de pasear y acumular imágenes, rostros y colores.

Miguel Ángel trabaja, es decir, por la mañana dibuja desde que la luz del alba se lo permite, luego Manuel acude puntual a su lectura y él se adormece un poco. Por la tarde pasea con Mesihi, de quien no solo aprecia la compañía sino también la belleza. Se separan antes de caer la noche, cuando el poeta, de forma invariable, acude a la taberna a embriagarse hasta la aurora.

Miguel Ángel no era muy guapo; la frente demasiado alta, la nariz torcida desde que se la rompieron en una riña de juventud, las cejas demasiado abundantes, las orejas un tanto despegadas. Se dice que su propia cara le horrorizaba. A menudo también se dice que, si buscaba la perfección del trazo, la belleza del rostro, es porque él mismo carecía de tal hermosura.

Solo la vejez y la fama le conferirán, cual pátina sobre un objeto tan feo al principio, un aura sin igual. Puede que sea en esta frustración donde haya que buscar la energía de su arte, en la violencia de la época, en la humillación de los artistas, en la rebelión contra la naturaleza; en el afán de lucro, la sed inextinguible de dinero y de gloria, que es el más poderoso de los motores.

Miguel Ángel busca el amor.

Miguel Ángel teme al amor como teme al infierno.

Desvía la vista cuando la mirada de Mesihi se posa sobre él.

Miguel Ángel grita. Es la séptima vez que lo torturan. Le aplican un hierro candente sobre las piernas, el dolor le impide sentir el olor de la carne quemada, le arrancan un pezón, tiras de piel de los muslos, de los hombros, con una garra; le rompen el brazo izquierdo con la ayuda de un martillo. Se desvanece.

Lo reaniman arrojándole encima varios cubos de agua helada.

Gime.

Implora a Dios y a sus verdugos.

Desea morir; no le dejan morir; el inquisidor vierte ácido sobre sus heridas, él vuelve a bramar, su cuerpo no es más que un inmenso calambre, un arco tensado de sufrimiento.

Ya ni gemir puede, está ciego, todo es de color negro, malo, un zumbido.

Al día siguiente lo llevan a la hoguera, a un lugar inundado por la muchedumbre, una muchedumbre llena de odio, feliz de asistir al suplicio, que vitorea al verdugo.

El miedo lo subyuga, el pánico al dolor y a la muerte cuando se acerca a la tea y oye cómo crepitan las llamas a sus pies, está a punto de arder; arde, el estrépito de la hoguera cubre sus desconsolados alaridos.

Se despierta sudoroso, la boca seca, justo antes de que arrojen sus cenizas al Arno.

Hace mucho tiempo que no soñaba con Savonarola. Diez años después, la muerte del predicador sigue persiguiéndole de vez en cuando, su rostro dilatado por el calor en un grito inmenso e inaudible, sus ojos hirvientes que explotan, sus manos tendidas cuyos huesos aparecen bajo la piel.

Miguel Ángel se estremece, escruta la noche e inspira desesperadamente, como para tragarse la luz.

El 30 de mayo, mientras su obra sigue sin avanzar, después de haber dibujado un gran número de croquis que nunca le satisfacen, Miguel Ángel recibe una carta, llegada de Italia con las mercaderías de Maringhi. Le sorprende que no sea de sus hermanos. No reconoce la hermosa caligrafía, holgada y autoritaria, que se despliega en ella a lo largo de dos hojas.

Mientras la lee, tiembla. Palidece. Golpea el suelo con el pie. Le da la vuelta una y otra vez, se torna rojo de cólera, arruga rabioso la misiva en una bola, luego la despliega, la relee; su terrible grito de rabia alerta a Manuel el drogmán, quien llega a tiempo para verlo romper la carta y tirar al suelo de un revés todo lo que había encima de su mesa, tintero, una pluma, carbones y papeles.

Ante la furia del artista, Manuel prefiere huir.

El mono, asustado, se ha escondido debajo de la cama.

Así que es eso.

Algún bendito ha hecho saber en Roma que está con el Gran Turco. Lo que tenía que suceder ha sucedido. Si no vuelve al redil le amenazan con informar al papa, le auguran la ruina, la excomunión, hasta la muerte.

Sin embargo, la misiva no la envía el Santo Padre. No va firmada. Que él sepa, de momento la Puerta está en paz con los estados de Italia. Miguel Ángel ha sido contratado legalmente, del mismo modo que podría haber sucedido en Milán o en Francia. El propio Da Vinci ha trabajado para el sultán. Se trata de una nueva intriga. Puede imaginarse a un montón de envidiosos tratando de perderlo una vez más, de humillarlo impidiendo que concluya la obra inmensa que le espera en Constantinopla y que le valdrá una gloria todavía más colosal, esta vez en el mundo entero.

No quieren que lo consiga. Quieren que nunca pase de ser un discreto escultor cortesano, un criado.

No le cuesta imaginar qué envidioso arquitecto podría estar detrás de ese billete.

Por la tarde, cuando se encuentra con Mesihi para su paseo, Miguel Ángel está más calmado. La cólera se ha convertido en una triste melancolía que el crepúsculo sobre el Bósforo y el largo lamento del muecín no logran apaciguar, al contrario. Mesihi ha sabido por Manuel del episodio con la carta, pero no lo menciona. Advierte que de repente su compañero parece cansado, que se muestra todavía más silencioso que de costumbre.

Deambulan por la ciudad. Michelangelo anda un tanto encorvado, arrastra los pies; él, cuya mirada suele ser inquieta y curiosa, ahora clava sus ojos en el suelo ante sí.

Mesihi no le pregunta nada.

Mesihi es discreto.

Se conforma con caminar un poco más cerca del escultor que de costumbre, a punto de tocarlo, para que sienta la presencia de un cuerpo amigo.

Se dirigen al oeste, donde el sol ha desaparecido dejando una estela rosácea sobre las colinas; dejan atrás la grandiosa mezquita que Beyazid acaba de terminar, rodeada

de escuelas y caravasares; siguen un poco la cresta, luego bajan y llegan al acueducto construido por un César olvidado que corta la ciudad en dos con sus arcos de ladrillo rojo. Allí hay una pequeña plaza delante de una iglesia antigua dedicada a santo Tomás, la vista es magnífica. Los fuegos de las torres de Pera están encendidos. El Cuerno de Oro se pierde en meandros de oscura bruma, y al este, el Bósforo dibuja una barrera gris dominada por los oscuros hombros de Santa Sofía, guardiana del foso que les separa de Asia.

Miguel Ángel piensa en Roma.

Observa esta ciudad extranjera, Bizancio perdida para la cristiandad. Se siente solo, más solo que nunca, culpable y mísero. Repasa de memoria los términos y amenazas de la misteriosa carta.

Mesihi lo toma con cuidado por el brazo.

—¿Todo bien, *maestro*?

Verse objeto de miramientos dignos de un anciano o de una mujer le irrita, y rechaza con violencia la mano del poeta.

¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? ¿Por qué no se ha conformado con enviar un dibujo, como hizo ese necio de Da Vinci?

De no volver Michelangelo la cabeza, Mesihi podría haber advertido que en sus ojos brillaban lágrimas de ira.

Ahora hay que tomar una decisión.

No puede arriesgar todo lo que ha conseguido hasta aquí, su carrera, su genio, su reputación, por un sultán que ni siquiera se ha dignado recibirlo.

Si se ha enfrentado con Julio II el papa guerrero, bien puede dejar allí plantado a un Beyazid. Pero todavía no ha dibujado el puente. Todavía no ha tenido la idea que le hace falta. De modo que no puede reclamar su dinero. Partir ahora no solo implicaría perder prestigio, sino también la fortuna que le ofrece el sultán.

Ese pliego inesperado lo atormenta.

Mesihi es paciente; se calla unos minutos hasta que Miguel Ángel se recupera y le dice suavemente: Mirad allí, *maestro*.

Sorprendido, el escultor se vuelve.

—Mirad allí, abajo.

Miguel Ángel echa una ojeada al paisaje devorado por la noche sin alcanzar a distinguir nada, aparte de las luces de las torres y algunos reflejos en el brazo de mar.

—Vos le ofreceréis belleza al mundo —dice Mesihi—. No hay nada más majestuoso que un puente. Jamás ningún poema tendrá semejante fuerza, ni tampoco ninguna historia. Cuando se hable de Constantinopla, se citará Santa Sofía, la mezquita de Beyazid y vuestra obra, *maestro*. Nada más.

Halagado y conmovido, Michelangelo sonríe y observa los faros que guían a las barcas en su danza sobre las negras aguas.

Puede que sea porque se siente inquieto y angustiado, pero esa noche Miguel Ángel accede a seguir al hombre de Pristina a la taberna. Puede también que se deba a la confianza que le inspira ese poeta descreído de quien no conoce un solo verso. O puede simplemente que sea el espíritu del lugar el que haya podido con su austeridad. Ajusta el paso al de un Mesihi desconcertado por su decisión, tan contraria a sus costumbres. Como el turco tiene vergüenza de llevarse al artista a uno de los tugurios de soldados que él frecuenta en el barrio de Tahtakale, decide atravesar la ciudad e ir a uno de los numerosos cafetines del otro lado del Cuerno de Oro.

En el puerto no les cuesta dar con un barquero. Tras una breve travesía se adentran por la puerta de Santa Clara, justo antes de que la cierren por la noche: los bebedores no podrán salir del barrio hasta el amanecer. Miguel Ángel ya lamenta su súbita decisión, hubiese hecho mejor volviendo a su habitación para continuar con sus dibujos, pero una vez pasan la sorpresa y la cólera, la extraña carta de amenaza actúa como un vino vigorizante. No es el momento de dejarse intimidar.

No es la primera vez que algún envidioso trata de perjudicarlo.

Bien pensado, que sepan que está con el Gran Turco en realidad tampoco le inquieta.

Beyazid es el príncipe de una gran potencia de Europa, por el momento en paz con las ciudades de Italia, y que la peste sea con quien lo ponga en duda.

Hay que saber llegar hasta el final.

Mesihi se alegra de ver a su compañero otra vez sonriente, proyecta sobre el florentino sus propios deseos y atribuye ese cambio de humor a la perspectiva de la bebida. Esa improvisada velada debe ser perfecta. Será menester que coman, para no beber con el estómago vacío, de modo que se sientan a la mesa en un hostel en el que les sirven unas rodajas de rollo de tripas picantes que acompañan de un caldo con pasta. La población del barrio vuelve a sorprender a Miguel Ángel, turcos, latinos, griegos y judíos, desde la puerta de San Antonio hasta la puerta de las Bombardas. Los judíos y los cristianos son libres de instalarse donde mejor les parezca, con la única restricción de que no residan ni construyan un lugar de culto cerca de una mezquita. Pera no es un gueto. Es una extensión de Constantinopla.

Los dos hombres dejan atrás el grueso bastión de la antigua fortaleza genovesa de Gálata, más allá de la cual se extienden los cementerios. A Miguel Ángel le sorprende poder deambular por la ciudad sin peligro aparente y en plena noche. Piensa en su puente, en ese hilo que unirá los barrios del norte con el centro de la capital. Qué ciudad tan fabulosa nacerá entonces. De las más poderosas del mundo, sin duda alguna.

Él, que acudió por el dinero, para superar a Da Vinci, para vengarse de Julio II, y el trabajo va y lo transforma, al igual que la *Pietà* o el *David* lo habían metamorfoseado antes. Miguel Ángel modelado por su obra.

Vuelven a bajar un poco hacia el sur. Mesihi ha decidido dónde llevar al escultor, su paso se hace más rápido. Se acuerda de la emoción de Michelangelo, la semana

pasada, ante el baile y la música.

Alrededor de la antigua iglesia italiana de Santo Domingo, convertida desde hace una década en mezquita, está el barrio andaluz, donde se instalaron los expulsados de Granada; el sultán echó a los dominicos de su convento para ofrecérselo a los refugiados en compensación por la brutalidad de los Reyes Católicos.

A una distancia respetuosa del edificio religioso se esconde una taberna sin nombre, una puerta baja en una vieja casa genovesa, de donde mana el fervor de la melancolía.

Apenas han entrado, a Mesihi lo reconocen. Varios comensales se levantan para saludarlo, se inclinan ante él como si fuera un gran personaje. La estancia, de paredes decoradas con cerámica multicolor hasta un buen metro del suelo, está cubierta de grandes cojines y salpicada por lámparas de aceite que ahúman la atmósfera. En Miguel Ángel se adivina a un extranjero, con su alto jubón y su sobrevesta; un extranjero o un franco del barrio al que todavía no conocían. Los instalan en un rincón confortable, les llevan una pequeña mesa con una bandeja de cobre, cubiletes y un aguamanil. El florentino piensa que esas gentes saben cómo beber; observa a la asistencia alternar las copas de vino y de agua perfumada, que a veces incluso mezclan; los coperos pasan entre los grupos y sirven con elegancia el espeso líquido; el brebaje es dulce, con un perfume de hierbas; los dos primeros vasos se beben rápido para alcanzar un estado que, a continuación, habrá que mantener ralentizando el ritmo.

Después de la segunda copa, Miguel Ángel ya se siente completamente relajado.

Observa los dibujos de las baldosas de loza, los rostros en la penumbra, los movimientos de los sirvientes, escucha cómo la rugosa melodía del árabe de Andalucía, que oye allí por vez primera, se mezcla con los cantarines acentos del turco.

Él, que no frecuenta las cantinas florentinas y todavía menos los tugurios romanos, se siente extrañamente cómodo en ese ambiente ni demasiado salvaje ni demasiado refinado, lejos de los excesos de languidez o de fasto que tan comúnmente se atribuyen a Oriente.

También Mesihi parece contento; ahora está enfrascado en una conversación con uno de sus vecinos, un joven de hermoso rostro, vestido a la turca, caftán oscuro, camisa clara, que ha llegado poco después que ellos. A juzgar por las miradas que le dedica, Miguel Ángel comprende que hablan de él, y efectivamente, al poco Mesihi los presenta.

El joven se llama Arslan, vivió mucho tiempo en Venecia y, para sorpresa del artista, no solo habla un italiano perfecto teñido de veneciano, sino que además ha contemplado con sus propios ojos, en la plaza de la Señoría en Florencia, el *David* que tanta gloria le ha valido al escultor.

—Es un placer ver reunidos a dos artistas como vos —dice Arslan.

Mesihi se siente todavía más halagado que Miguel Ángel.

—Bebamos en honor de este encuentro, que no puede ser casual. Vengo de Italia, donde he acompañado a unos mercaderes. Es mi primera noche en la ciudad. Hace diez años que no venía a la capital. Encontraros aquí es un afortunado presagio.

Así que beben.

Luego llegan la música y el canto. Miguel Ángel asiste con inmensa sorpresa a la aparición de la misma cantante, el mismo cantante que la semana anterior; ella avanza hasta el centro del círculo de los invitados, acompañada por un laúd y una pandereta con platillos, y entona un *muwashshah*, que trata de los jardines perdidos de Andalucía, de flores, de una lluvia fina que es la del amor y la primavera. Michelangelo se vuelve lentamente hacia Mesihí y le sonríe, adivina que su amigo le ha preparado esta sorpresa, que lo ha llevado a propósito a la taberna en que esa noche actuaba la cantante de moda.

De nuevo Miguel Ángel queda fascinado por su gracia, por la triste alegría de su melodía. A las explicaciones de Arslan apenas les presta una oreja distraída. Esta vez le queda claro que se trata de una mujer, lo sabe por la ligera prominencia que adivina en su pecho, que se aprecia cuando respira.

A pesar de la extrañeza de esa música desconocida, el juego de adivinanzas le divierte tanto como lo seduce la belleza.

Por otra parte, le parece que la artista le dedica unas miradas cómplices, puede que porque lo ha reconocido, el único comensal vestido a la franca.

Los asistentes lloran de emoción; ella se instala en el recuerdo del país desaparecido, con fronteras de boj y la suavidad de la nieve.

Como no tiene la menor idea de qué podría ser el reino de Granada, ni de su derrota ni de la violencia de los Reyes Católicos, Miguel Ángel interpreta este fervor como una pasión desmesurada.

Unos años más tarde, los cinco brazaletes de plata alrededor del fino tobillo, el vestido con reflejos anaranjados, el hombro dorado y el lunar en la base del cuello reaparecerán en un rincón de la capilla Sixtina. En pintura, como en arquitectura, la obra de Michelangelo Buonarroti le deberá mucho a Estambul. La ciudad y la alteridad transformaron su mirada; esas escenas, colores y formas impregnarán su trabajo para el resto de su vida. La cúpula de San Pedro se inspira en Santa Sofía y en la mezquita de Beyazid; la biblioteca de los Médicis en la del sultán, a la que acudía con Manuel; las estatuas de la capilla de los Médicis e incluso el *Moisés* para Julio II están impregnados de actitudes y personajes que encontró aquí, en Constantinopla.

A diferencia de la semana anterior, cuando el vino mezclado con demasiadas emociones lo adormeció como a un niño en presencia de Alí Pacha, hoy el alcohol le confiere un mayor poder a sus percepciones y decuplica sus placeres.

Quisiera conocer a ese cantante, a esa cantante.

Él, que siempre dejó el placer para más tarde, que ve el amor como un canto divino apartado de la carne, filtrado por la poesía como el movimiento del brazo por el mármol, y para toda la eternidad, ahora tiembla al acercarse a esa forma moviente, perfecta, ajena, indefinida.

Mesihi y Arslan advierten su turbación, uno está un poco celoso y al otro le divierte. Las cantantes y los coperos están ahí para cautivar y seducir.

Arslan le dice en voz baja unas palabras a Mesihi. El poeta parece vacilar un instante, apenado pero al parecer dispuesto a aceptar las ideas del joven, a pesar de que apenas lo conoce.

Arslan les propone proseguir la velada en su casa, a dos pasos de allí, e invitar a la hermosa andaluza (si es que es una mujer, y si es que es andaluza) a cantar y bailar solo para ellos, en honor al gran artista florentino.

Cuando se lo dicen, a Miguel Ángel le encanta la idea. Así que toman una última copa mientras esperan que la actuación termine; la taberna está atestada, ruidosa, olorosa; el escultor se abandona al dulce desarreglo de todos los sentidos; jamás estuvo tan lejos de Florencia y de sus hermanos, tan lejos de Roma, del papa, de las conspiraciones de Rafael y de Bramante, tan lejos de su arte.

Arslan dispone discretamente la organización de la velada, haciendo avisar a sus sirvientes para que les preparen una cena. Luego, con la misma discreción, se encarga de invitar a la cantante a través del tabernero, y de pagar las consumiciones con cinco *akçe* de plata contantes y sonantes.

Mesihi desconfía; una sombra de celos, eso es; y es que la inusual liberalidad de ese desconocido le resulta sospechosa.

La amabilidad de Arslan con el escultor raya en la zalamería.

Mesihi sufre al dejar el objeto de su amor en otros brazos, sufre al abandonarlo a otras miradas; el poeta sutil y original, maestro de la renovación de la poesía otomana, cuyos versos inspirarán a centenares de imitadores, sacrifica su pasión en una triste generosidad. Él, que ha poseído el cuerpo y corazón de las bellezas más elegantes de la ciudad, que los ha descrito en un catálogo versificado que en nada desmerece del de Don Juan, lleno de ternura y de humor, renuncia a su felicidad por la del artista.

Miguel Ángel huele tan mal como un bárbaro o un esclavo del norte recién capturado, su rostro carece de gracia, lejos de los efebos de Shiraz con esos lunares indios, su voz está llena de cólera y desprovista de refinamiento, sus manos son toscas, gastadas por el cincel y el martillo de su arte, pero a pesar de todo, a pesar de su fuerza, su inteligencia, su bruta perseverancia, el canto agudo que se adivina en su alma apasionada, atrae sin remedio al bueno de Mesihi, algo que el escultor no parece advertir.

Abajo, en la gran estancia humildemente iluminada por candelabros de hierro, con una copa en la mano e intercambiando de tarde en tarde algunas palabras sin interés con un Arslan divertido, el poeta ni siquiera imagina lo que pasa en el primer piso, donde Miguel Ángel ha decidido subir a reposar, y donde, a una señal de su anfitrión, acude enseguida la cantante andaluza.

La noche está bien entrada, pero aún le quedan dos o tres horas antes de morir; los primeros trazos de fatiga acechan los ojos de Mesihi. No puede evitar recelar de ese Arslan que ha aparecido como un genio en un cuento para sustraerle con sus maquinaciones la compañía de ese franco mal escuadrado al que tanto desea.

Se pone a recitar unos versos.

Un poema persa.

*No ceso de desear que por fin mi deseo
Sea colmado, que mi boca alcance
El labio rojo de mi amor,
Donde mi alma expire en la dulzura de su aliento.*

Arslan sonríe, ha reconocido al inimitable Hafiz Shirazi, algo que la última estrofa le confirma:

*Y tú siempre invocarás el nombre de Hafiz
En compañía de los tristes y los corazones rotos.*

Todo es ya casi negro.

Solo una vela que hay fuera proyecta un poco de luz a través de la puerta entreabierta.

Miguel Ángel adivina, pues apenas los ve, los contornos de ese cuerpo esbelto, fino y musculoso, que ahora deja que su vestido resbale al suelo.

Oye tintinear sus brazaletes cuando esa forma oscura se acerca a él, precedida por un perfume de almizcle y de rosa, de tibio sudor.

El escultor se vuelve, se acurruca al borde de la cama.

Ella ha cantado para él, esa sombra, y ahora hela ahí, tan cerca, y él no sabe qué hacer; siente vergüenza y un gran miedo; ella se tumba a su lado, hasta tocarlo; él siente su aliento y se estremece, como si el viento de la noche, llegado de la mar, lo helara de repente.

Una mano se posa en su bíceps, él deja de temblar, es una caricia ardiente.

No sabe cuál de sus pulsos siente batir tan fuerte a través de esos dedos.

La ola tibia de una melena le recorre la nuca.

Con los ojos cerrados, imagina al joven o a la joven detrás de él, el codo doblado, el rostro detrás del suyo.

Permanece inmóvil, tieso como un perro de muestra.

Finalmente, voy a contarte una historia. Tú no tienes adonde ir. A tu alrededor no hay más que noche, estás encerrado en una fortaleza lejana, preso de mis caricias. No quieres mi cuerpo, cierto, mas no puedes escapar a mi voz. Es la historia muy antigua de un país hoy desaparecido. De un país olvidado, de un sultán poeta y de un visir enamorado.

Eran tiempos de guerra, no solo entre los musulmanes, sino también contra los cristianos. Ellos eran poderosos. El príncipe perdió batallas, tuvo que abandonar Córdoba, dejar atrás Toledo, los enemigos estaban por todas partes. Su visir había sido su preceptor, y era ahora su confidente, su amante. Durante mucho tiempo, habían improvisado poemas en los jardines, al amparo de las fuentes, y juntos se habían embriagado de belleza. Una vez el visir salvó la ciudad proponiendo al rey de los francos que podían jugársela al ajedrez; si él ganaba, le serían entregadas las llaves; si perdía, habría de levantar el sitio. Utilizaron unos hermosos peones de jade, llegados del otro extremo del mundo. El visir acabó venciendo y el rey cristiano se retiró hacia el norte, llevándose el tablero como único botín.

Un día, mientras el príncipe y el visir se solazaban a orillas del río, una joven los cautivó con la habilidad de sus palabras, su inmensa hermosura y la exquisitez de su cultura y poesía. El sultán se enamoró locamente de ella y se la llevó a palacio. De la antigua esclava hizo su reina.

Era tan bella y refinada que el príncipe le volvió la espalda a su ministro, a quien a partir de entonces, consultó solo cuestiones de Estado. El visir sufría, lloraba la pérdida de los favores del sultán, y al mismo tiempo ardía de un amor secreto por la inaccesible esposa de su rey.

Hasta que fue él mismo quien se apartó y se erigió en gobernador de una alejada fortaleza.

La tristeza de los placeres perdidos y el recuerdo de los tiempos de cantos y de poemas avivaron en su corazón el terrible deseo de poseer a la hermosa sultana, por venganza, por amor.

Desesperado, decidió unirse a los cristianos para apoderarse de la capital y hacer suya a la sublime esclava.

Traicionó sin remordimientos.

Puso sus ejércitos al servicio de los francos.

Juntos asediaron la ciudad.

El sultán, destrozado por la maquinación de su amigo, se encerró en sus habitaciones sin resolverse a combatir. Allí compuso un poema, que él mismo caligrafió e hizo llegar al visir rebelde por medio de un emisario.

La sombra del placer sigue muy presente en mí:

La nube de esa ausencia llora el vino que me embriaga.

Tienen tus armas en mí el dulce golpe del amor,

Yo te doy este reino, para que no lo pierdas.

Con lágrimas en los ojos por la emoción, el visir decidió traicionar una segunda vez. Volvió su ejército por sorpresa contra los cristianos y, tras una dura batalla, entró vencedor en la ciudad.

Depuso las armas ante el príncipe en signo de sumisión.

Esa misma noche, el sultán lo invitó a su casa.

Lo tomó entre sus brazos con ternura, y luego desenvainó su espada sin vacilar y lo rajó de arriba abajo atravesándole el pecho.

El visir expiró en el suelo, nunca oyó las palabras de su amigo:

*No has sabido elevarte a la altura del amor
Y tomar tal que el halcón lo que ya estaba a tu alcance
La presa era tuya, y has dejado que escape
Los amantes son crueles si ven que el amado flaquea.
Esta batalla que ahora gano, la pierdo.
Este suelo que definiendo será para mí un desierto,
Y las almas de aquellos a los que asesiné,
Mis guardianes para la eternidad.*

¿Has escuchado esta historia? Ten cuidado porque es cierta. Te cierras a mis caricias. También yo podría tener una espada. Partirte en dos por tu desprecio. Estoy aquí y tú me rechazas. Duermes, quién sabe. Respiras despacio. La noche es larga. No me comprendes, puede que sea eso. Te dejas mecer por los acentos de mi voz. Tienes la impresión de estar en otra parte. Sin embargo, no estás lejos. No tan lejos de tu casa. Estás ahí donde estoy yo, lo sabes. Acabarás viniendo; puede que un día, como el visir, te rindas a la evidencia del amor. Darás rienda suelta a tu pasión. Decídete, como el ave de rapiña. Decídete a reunirme conmigo del lado de las historias muertas.

Miguel Ángel no le hablará de esta noche, en la calma de la habitación, más allá de las serenas aguas del Cuerno de Oro, ni a Mesihi ni tampoco a Arslan, ni todavía menos a sus hermanos ni, ya más tarde, a ninguno de los amores que se le conocen. Ese recuerdo lo guarda en algún lugar de su pintura y en el secreto de su poesía. Sus sonetos son el único rastro incierto de algo que desapareció para siempre.

En cuanto a Mesihi, experimentará su dolor con menos tapujos, y compondrá dos *ghazal* sobre el ardor de los celos, dulce ardor, pues fortifica el amor al consumirlo.

Se ha pasado la noche bebiendo, solo desde que su anfitrión, vencido por el cansancio, también se retirase; ha visto cómo aquella belleza andaluza salía con discreción de la casa, al amanecer, envuelta en un abrigo largo; ha esperado pacientemente a Miguel Ángel, que evita mirarle a los ojos; ha arrastrado al agotado escultor hasta los baños de vapor, ha convencido a esa alma desgarrada para que se abandone en sus manos; lo ha bañado, masajeado y frotado con fuerza; ha dejado que se adormezca en un banco de mármol tibio, lo ha envuelto en paños blancos y lo ha velado como a un cadáver.

Cuando Michelangelo sale de su aturdimiento y espabila, Mesihi todavía está ahí.

A pesar de todo el alcohol ingerido la noche anterior y de la falta de sueño, el escultor se siente lleno de una deslumbrante energía, como si al deshacerse de las escamas y la roña se hubiese librado del peso de los remordimientos o de los abusos. Le agradece al poeta sus cuidados y le pregunta si tendría la gentileza de acompañarle a su habitación, pues desea volver al trabajo.

Atravesando de nuevo el Cuerno de Oro, Miguel Ángel tiene la visión de su puente flotando bajo el sol de la mañana, tan cierto como que unas pocas lágrimas manan de sus ojos. Será una edificación colosal sin ser imponente, delicada y poderosa. Como si la velada le hubiese abierto los párpados y transmitido su certeza, por fin el dibujo se le aparece.

Vuelve casi corriendo para trasladar su idea al papel, trazos de pluma, sombras sobre el blanco, resaltos en rojo.

Un puente surgido de la noche, moldeado en la materia de la ciudad.

Buonaroto:

He recibido tu carta y te entiendo. Perdona que ya no te escriba más, has de saber que estoy hasta arriba de trabajo. Voy a dedicarme a él noche y día para acabar rápidamente mi faena y reunirme contigo lo antes posible.

Pienso en Giovan Simone y en el dinero; con la ayuda de Dios muy pronto daré con una solución.

De momento, puedes ir a ver a Aldobrandini para pedirle un adelanto por la daga. No quedará decepcionado. Nunca se ha visto una daga tan hermosa, te lo juro.

Reza por mí,

Tu Michelagnolo

Cuatro arcos cortos flanquean un arco central de tan suave curvatura que apenas si llega a apreciarse. Descansan sobre unos gruesos pilares cuyos tajamares en triángulo dividen las aguas como bastiones. Apoyada sobre una invisible fortaleza que apenas supera las olas, una majestuosa pasarela une de forma suave las dos orillas, acepta sus diferencias. Dos manos majestuosamente posadas sobre la onda, dos dedos gráciles que se tocan.

El visir Alí Pacha ha quedado estupefacto.

Beyazid estará encantado.

Miguel Ángel ha entregado sus estudios y dibujos a los maquettistas y a los ingenieros, ha supervisado la realización de los modelos reducidos y las grandes planchas para la presentación ante el sultán. Insigne honor, el escultor está invitado a descubrir él mismo su obra ante el soberano. Todavía queda por resolver la cuestión del apuntalamiento y las vías públicas, asuntos que tienen que ver con el *shehremini* y el *mohendesbashi*.

El florentino ha cumplido su contrato. Ha proyectado un puente sobre el Cuerno de Oro, audaz y político. Lejos de la proeza técnica de Da Vinci. Lejos de las curvas regulares del antiguo viaducto de Constantino. Más allá de los clásicos. Toda su energía converge en él. Esta obra se parece al *David*, en ella se lee la fuerza, la calma y la posibilidad de la tormenta. Solemne y grácil a la vez.

En vísperas de la presentación ante el sultán, Mesihí y Miguel Ángel han ido al arsenal de Scutarion a recoger la daga que le había encargado el rico florentino Aldobrandini. Afilada y pulida, en un pequeño cofre revestido de franela roja, la negra daga damasquina es extraordinariamente hermosa. Al acariciar la hoja con el dedo, el escultor advierte que cuando llegue el momento le va a costar deshacerse de ella.

Absorto en su trabajo, Miguel Ángel apenas ha vuelto a pensar en la noche que pasó en casa del complaciente Arslan. Tampoco Mesihí la menciona, por razones muy distintas. Siente que su pasión por el artista le devora el corazón. En el curso de sus paseos diarios, hacia la noche, cuando del Bósforo llega un frescor que invade la ciudad, él a veces aprovecha el paseo para tomar a su amigo por el brazo, y en cuanto lo deja en casa de Maringhi, se va invariablemente a la taberna, donde ahoga su tristeza en vino hasta bien entrada el alba. Su relación con el visir, su patrón, es tensa, le recriminan sus ausencias. A menudo, cuando Alí Pacha lo reclama para redactar una carta o caligrafiar un firmán, no lo encuentran y entonces hay que recorrer todos los tugurios de Tahtakale hasta dar con él.

Mesihí siente que el florentino no lo mira con sus mismos ojos; a veces se muestra duro, incluso frío, de una dureza y una frialdad que todavía acrecientan más la pasión del poeta. Qué no daría él por una noche en compañía del artista, como la hermosa andaluza. Pero respeta la distancia que hay entre ellos. Como también respeta la sobriedad de Miguel Ángel y su empeño en un trabajo cuyos maravillosos resultados acaba de descubrir, al mismo tiempo que el visir.

Mañana, las maquetas y los dibujos le serán mostrados al sultán. Para evitar un desengaño público, Alí Pacha, en secreto, ya le ha enseñado un dibujo al soberano y se ha asegurado su visto bueno. La ceremonia del día siguiente será una confirmación.

Miguel Ángel tiene prisa por cobrar su paga y volver a Florencia.

A maestro Giuliano da Sangallo, architetto del papa in Roma

Giuliano, en prenda de mi amistad os hago llegar estos planos y alzados de la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, que he conseguido por medio de un mercader florentino de nombre Maringhi: son extraordinarios. Confío en que sabréis sacarles provecho.

También os ruego, mi muy querido Giuliano, que me hagáis llegar la respuesta de Su Santidad en lo tocante a la tumba.

Nada más.

A día 6 de junio de 1506,
vuestro Michelagnolo, escultor de Florencia

Miguel Ángel queda deslumbrado por la opulencia y el esplendor de la corte. La multitud de esclavos, de ministros, la élite de los jenízaros, el aspecto noble y tranquilo del sultán, con un turbante blanco coronado por un penacho de oro y diamantes, lo dejan fascinado. Los arquitectos de Beyazid han realizado la maqueta en apenas tres días, y ahora reina sobre un rico expositor, lo cual irrita al artista. La maqueta mide seis codos de longitud por uno y medio de altura. Él hubiese preferido verla expuesta sobre una simple tabla, pero la etiqueta requiere que al soberano no se le presenten más que objetos nobles.

Beyazid no disimula su alegría.

Enarbola una amplia sonrisa.

Felicita al escultor él mismo, directamente, e incluso llega, cosa rarísima, a darle las gracias en lengua franca.

Los embajadores de Venecia o del rey de Francia no son tan bien recibidos.

Beyazid le da solemnemente al *mohendesbashi* la orden de empezar los trabajos lo antes posible.

Luego la sombra de Dios sobre la tierra dispone que el florentino se acerque para entregarle un pergamino enrollado, investido con su *tughra*, su sello caligrafiado. Miguel Ángel se inclina respetuosamente.

A continuación, le permiten retirarse.

La entrevista apenas ha durado unos minutos, pero el artista ha tenido tiempo de fijarse bien en el sultán, de apreciar la constitución robusta, la nariz aguileña, los grandes ojos sombríos, las cejas negras, las marcas de la edad alrededor de los pómulos. Si no detestase los retratos, Miguel Ángel se pondría a dibujar inmediatamente, antes de olvidar los rasgos del gran señor.

Miguel Ángel está furioso, rojo de cólera, rompe dos frascos de tinta y un pequeño espejo, manda sin miramientos al mono al otro lado de la estancia y, acto seguido, llama a Manuel el drogmán, quien después de haberle traducido el rollo que el sultán le ha regalado, ha considerado que lo más prudente era desaparecer.

—Encontradme a Mesihi —grita.

Manuel cumple la orden al instante y vuelve una hora más tarde en compañía del poeta secretario.

—¿Qué es esto? —pregunta el artista señalando el papel y sin más preámbulos, sin siquiera saludar a quien tanto daría por ser su amigo.

—Es un regalo del sultán, *maestro*. Un título de propiedad. Un inmenso honor. Los extranjeros son ajenos a este tipo de mercedes. Aparte de ti, Michelagnolo.

Mesihi está triste y a la vez enfadado por la furia de Miguel Ángel. ¿Cómo es posible que no entienda que ese pergamino representa un homenaje excepcional?

—¿Me estás diciendo que soy propietario de un pueblo en una comarca perdida de la que todo lo ignoro, es eso?

—Exacto, en Bosnia. Un pueblo, las tierras a él circunscritas y todas sus rentas.

—Entonces, ¿esos son mis honorarios?

—No, *maestro*, es un obsequio. Tus honorarios te serán pagados en cuanto avancen un poco las obras.

Mesihi se avergüenza de decepcionar a tal punto a su objeto de deseo. Si de él dependiese, ahora mismo cubriría de oro a Miguel Ángel.

El florentino está apenado, se agarra la cabeza entre las manos.

Turcos o romanos, los poderosos nos envilecen.

Apiádate de mí, Dios mío.

Miguel Ángel comprende que Beyazid lo tiene en su poder hasta que le plazca.

Mira a Mesihi con odio, con tanto odio que el poeta, si no fuese cuando menos tan orgulloso como el escultor, estallaría en llantos.

Es la segunda noche. El fuego proyecta su anaranjado resplandor por encima de tus hombros. No estás ebrio.

Eres un niño, inconstante y apasionado. Me tienes contra ti, y no lo aprovechas. ¿En qué piensas? ¿En quién? No sabes qué hacer con mi amor. Yo sé quién eres.

Me lo han dicho.

Eres un esclavo de los príncipes, como yo de los taberneros y los proxenetas.

Puede que tengas razón. Puede que lo mejor de la infancia sea esa rabia obstinada que nos hace romper el castillo de madera si no es perfecto, si no se ajusta a nuestro capricho. Puede que tu genio te ciegue. A tu lado no soy nada, eso está claro. Me asustas. Siento esa oscura fuerza que todo lo arrasará a su paso, y cuyas certezas todo lo destruirán.

No has venido hasta aquí para conocerme, has venido para construir un puente, por el dinero, por sabe Dios qué otra razón, y te irás idéntico, sin un leve cambio, directo a tu destino. Si no me tocas seguirás siendo el mismo. No habrás encontrado a nadie. Encerrado en tu mundo, no ves más que las sombras, formas incompletas, territorios por conquistar. Cada día te empuja hacia el siguiente sin que aciertes a vivirlo.

Yo no busco el amor. Busco el consuelo. El consuelo por todos esos países que perdemos desde el vientre de nuestra madre y que reemplazamos por historias, como niños ávidos, con los ojos abiertos ante el relator.

Lo cierto es que más allá del sufrimiento no hay nada, y que en brazos extranjeros intentamos olvidar que pronto habremos desaparecido.

Tu puente permanecerá. Puede que con el paso del tiempo adquiera un sentido muy distinto del que hoy tiene, del mismo modo que en mi país desaparecido acabarán por ver algo muy diferente de lo que fue en realidad. Nuestros sucesores radicarán allí sus cuentos, sus mundos, sus deseos. Nada nos pertenece. Encontraremos la belleza en terribles batallas, el coraje en la cobardía de los hombres, todo entrará en la leyenda.

Tú callas, sé que no me comprendes.

Déjame abrazarte.

Te escapabas como una serpiente.

Ya estás lejos, demasiado lejos para poder alcanzarte.

Al día siguiente, cuando llega Mesihi para el paseo diario, Miguel Ángel está de un humor excelente. No sabe cómo excusarse por su arrebató del día anterior. Acoge al poeta con delicadeza, lo colma de cumplidos, lo lleva hasta su cuarto.

—Hay algo que quiero enseñarte —le dice.

Sorprendido, Mesihi lo acompaña.

Una vez en el apartamento del artista, ambos guardan silencio. Mesihi está azorado, no sabe dónde sentarse, así que permanece de pie.

El mono parece respetar su silencio y también él se queda inmóvil y silencioso en su jaula.

Miguel Ángel está incómodo. Observa a Mesihi, su elegante complexión, sus rasgos suaves, sus cabellos oscuros y aceitados.

De pronto le alarga un papel.

—Es para vos —dice.

Al poeta, ese repentino voseo no le puede sonar más dulce.

—¿De qué se trata?

—Es un dibujo. Un regalo. Un elefante. Dicen que trae suerte. Os hará las veces de mono —añade riendo.

Mesihi sonríe.

—Gracias, Michelagnolo. Es magnífico.

—Y esto también es para vos, os lo doy.

Miguel Ángel le ofrece el rollo que le entregó el sultán.

—No puedo aceptarlo, es un regalo de Beyazid *maestro*. Representa mucho dinero.

Miguel Ángel insiste, protesta, arguye que él no va a sacarle provecho alguno, seguro que es posible inscribir el nombre de Mesihi en lugar del suyo en ese título de propiedad.

Mesihi sigue negándose enérgicamente mientras sonríe.

—Me quedo con el elefante, *maestro*. Es suficiente.

Miguel Ángel hace como si se rindiese a los argumentos de Mesihi, mas pasados unos segundos, mientras se disponen a salir de la habitación, le dice en voz baja:

—Sabéis que ese papel os pertenece tanto como a mí. Sin vos, yo nunca hubiese llegado a nada.

Y le pone a la fuerza el firmán en la mano.

Mesihi siente el furioso batir de su corazón.

Para matar el aburrimiento, Miguel Ángel dibuja gargantas y molduras, escocias y cornisas, en hojas ya repletas de muslos, pies y manos.

Espera.

Anota listas interminables en su cuaderno.

Trabaja un poco en la tumba de Julio della Rovere, el papa intransigente que diez años antes, siendo todavía cardenal, mandó las tropas vaticanas contra los jenízaros de Beyazid al sur de Italia. Él se ha encontrado con los dos enemigos por turnos, y le ha ofrecido a uno un mausoleo y al otro un puente.

Todos los días, Manuel llega para su lectura.

A Michelangelo le gustan las historias.

No hay nada que aprecie tanto como los relatos de batallas, las artimañas de los dioses maravillosos en lo alto del Olimpo, los combates entre ángeles y demonios. Oye las imágenes, ve cómo un héroe doblegado por el peso de su espada decapita a la Gorgona, cómo surge una gota de sangre de la herida de un joven ciervo, cómo los elefantes de Aníbal hincan la rodilla en la nieve.

Escribe algunos madrigales.

A menudo se siente asaltado por el recuerdo de aquella belleza andaluza, sus murmullos en la noche, el contacto de sus manos.

En repetidas ocasiones ha jugueteado con la idea de volver a la taberna, o de pedirle a Mesihi que le acompañe. Pero aun con cierta confusión adivina los sentimientos del turco y no desea herirlos. Esa extraña amistad le gusta. A pesar de lo que pudiese desprenderse de sus cambios bruscos de humor y sus arrebatos, siente algo por Mesihi, y en lo más profundo de su alma, allí donde arden los deseos, está sin duda el retrato del poeta, bien escondido.

Miguel Ángel es oscuro ante sí mismo.

Cuando una mañana recibe la visita de Arslan, después de que le anuncien que la apertura en las murallas, previa a la construcción, ya está terminada, Miguel Ángel se siente contento. Arslan se ha enterado de que los trabajos del puente ya han comenzado, sabe que el sultán está orgulloso de su arquitecto, así que acude a felicitarlo y a presentarle sus respetos. El hombre es afable. Su conversación es agradable. En toda la capital no se habla más que de esa nueva obra, dice. Vais a ser el héroe de la ciudad, como en Florencia.

Miguel Ángel, un tanto incómodo, no sabe cómo abordar el tema que le interesa.

Se sientan en el patio, a la sombra de la higuera.

Hablan de Florencia, de política y de Roma en compañía de Maringhi el mercader, quien, a todo esto, conoce a Arslan. Al artista esa coincidencia le parece un excelente presagio. Arde en deseos de encontrar un medio para volver a ver al objeto de su pasión.

Maringhi lo encuentra por él.

—Muy pronto será San Juan, el patrón de Florencia —dice el mercader—. Voy a dar una fiesta, cuento con vuestra presencia.

—Yo conozco a unos músicos excelentes —añade Arslan, volviéndose hacia el escultor.

Miguel Ángel no puede evitar ruborizarse.

Las obras del nuevo puente sobre el Cuerno de Oro comienzan oficialmente el 20 de junio de 1506, mediante el cercado de una parte del puerto y la construcción de una plataforma para el suministro de los millares de piedras que serán necesarios para alzar la edificación. Antes ha habido que acondicionar un gran espacio al pie de las murallas y ampliar la puerta della Farina. Miguel Ángel sigue esperando el dinero prometido; de momento solo le ha llegado una nueva bolsa de cien monedas de plata para sus gastos, rápidamente absorbida por el precio exorbitante que Maringhi le cobra por la habitación y la comida.

Todavía siente más prisa por volver a Italia, desde donde sus hermanos lo presionan constantemente, y donde él sabe, desde que llegó la misteriosa misiva procedente de Roma, que algunos quieren perjudicarlo, haciéndolo pasar por un renegado o algo peor. Está acostumbrado a las cábalas. Los pasillos del palacio pontificio bullen de intrigantes y asesinos. Sus enemigos, especialmente Rafael y Bramante, son poderosos.

Se le ha dicho que muy pronto podrá partir.

Miguel Ángel teme que Beyazid y Alí Pacha estén demasiado contentos con él como para permitir que se vaya tan rápidamente.

Constantinopla es una hermosa prisión.

La ciudad oscila entre el este y el oeste como él entre Beyazid y el papa, entre la ternura de Mesihí y el ardoroso recuerdo de una cantante turbadora.

Arslan volvió una vez a visitar al escultor.

Lo halló en su habitación, ocupado en anotar la lista de sus últimos gastos.

A Arslan le sorprende ver al mono brincando libremente fuera de su jaula abierta, saltando entre gritos de la mesa al hombro del artista, y luego sobre la cama e incluso entre las piernas del visitante.

El turco lo aparta con el pie, sin contemplaciones.

—¿De dónde habéis sacado este bicho?

—Es un regalo de Mesihi. Procede de la India —añade orgulloso Michelangelo mientras sonríe.

Arslan se encoge de hombros.

—Es horrible, grita y huele mal. No os fiéis, podría morderos.

Miguel Ángel se echa a reír.

—No, de momento no ha mordido más que a Maringhi, y él se lo merecía. Le he puesto Julio, en honor a su mal carácter. Hasta come de mi mano, fijaos.

Entonces coge una avellana de una pequeña bolsa y se la enseña al mono, este se acerca y toma delicadamente el fruto seco entre sus dedos minúsculos, con gran respeto y auténtica nobleza.

Miguel Ángel no puede evitar reírse de nuevo.

—¿No os parece distinguido?

Arslan esboza una mueca de disgusto.

—Hay algo diabólico en su actitud casi humana, *maestro*.

—¿Eso creéis? A mí me parece divertido.

Arslan prefiere cambiar de tema.

—¿Tenéis noticias de vuestro puente?

—Sí. Los ingenieros discuten por problemas con el peso y la altura de los pilares. Los trabajos de preparación ya han empezado en las dos orillas. Ahora voy a dibujar los detalles de los arcos y de los pilares, y a dejar los planos de ejecución acotados.

—¿Todavía no lo habéis hecho?

—No, espero las opiniones de los ingenieros.

—Entonces, todavía vais a quedaros entre nosotros un buen tiempo.

Michelangelo suspira.

—Es posible.

—No parece alegraros mucho.

—Reconozco que echo de menos Italia. Y lo que es más, mis hermanos me reclaman.

—Si puedo ayudaros en lo que sea, así lo haré. ¿Qué podría hacer vuestra estancia más agradable?

El escultor no puede evitar pensar en la cantante andaluza, en su voz, esas manos en la noche.

—Nada que no hayáis hecho ya, os lo agradezco. Mesihi vela hasta por mis más pequeños deseos.

—Ah, ese Mesihi.

Hay un dejo de reproche en la voz de Arslan.

—Es un compañero encantador y un guía agradable.

—Un hombre que se pierde en el vino y el opio se pierde a sí mismo.

—Cierto. Sin embargo es un gran poeta.

Arslan no oculta una vacilación.

—¿Habéis oído su poesía, *maestro*?

—Conozco los extractos que han tenido a bien traducirme. Es tan hermoso como nuestro Petrarca.

—Si vos lo decís.

Miguel Ángel se siente ligeramente irritado por las insinuaciones del joven. Como de costumbre, no puede evitar mostrarse al límite de la descortesía:

—¿Tenéis algo contra él?

Arslan no vacila un segundo.

—No, por supuesto, al contrario. Es el protegido del gran visir. La importancia de un hombre se mide por el poder de sus amigos.

Sin ser un cortesano consumado, Miguel Ángel ha notado la perfidia de las palabras de Arslan.

Le gustaría que el mono viniese oportunamente a orinar en los zapatos del mercader, pero el animal ha cogido la pluma sobre la escribanía y, cual velludo caballero que maneja torpemente una lanza demasiado grande para él, intenta mantenerla recta y trazar Dios sabe qué sobre el papel. Miguel Ángel se ríe a carcajadas.

—¿Veis? Todo eso no tiene mayor importancia.

Arslan se siente obligado a reír con él a carcajadas.

—Si hay que creer a vuestra horrible bestia, no son más que monerías.

Miguel Ángel permanece un momento en silencio, luego añade:

—Eso mismo. Todos remedamos a Dios en su ausencia.

El 24 de junio, día del Bautista, el caravasar de Maringhi está de fiesta. Miguel Ángel es un poco el invitado de honor; hay allí algunos mercaderes genoveses y venecianos, que olvidan por una noche su rivalidad; también Mesihi, por supuesto, así como Falachi y todos los florentinos y toscanos de Estambul. Por la mañana han ido al oficio en la iglesia latina al otro lado del Cuerno de Oro. Piensan que en Florencia, cuando llegue la noche, se encenderán a orillas del Arno cientos de fuegos, y entonces se sienten un poco melancólicos. Miguel Ángel cuenta con la compañía de Mesihi, radiante de hermosura con su caftán bordado. El verano apenas comienza y sin embargo el calor ya resulta sofocante pese a la sombra del patio, donde se han dispuesto las mesas del banquete. Ahora llega Arslan y saluda con respeto al anfitrión para luego acercarse a Miguel Ángel y Mesihi. El escultor advierte que la sorpresa o el disgusto hacen estremecerse al poeta. No parece que ese compatriota cosmopolita sea de su agrado.

Cuando ve que Arslan ha llegado solo, Miguel Ángel se siente decepcionado. Él deseaba en secreto que llegase con la tan esperada cantante. No se atreve a plantear la pregunta.

Pasan a la mesa.

Maringhi ha hecho bien las cosas. El banquete es copioso e interminable.

Miguel Ángel el frugal, incómodo por el calor, come con la punta de los dedos.

En mitad de la comida, abandona a los convidados para retirarse a su habitación, pretextando que está cansado, él que nunca se cansa.

Relee un soneto que escribió el día anterior, le parece un mal poema y lo tacha con rabia.

No vuelve a bajar al patio hasta pasadas unas horas.

Mesihi ha desaparecido.

La asistencia ha quedado reducida a la mitad.

La gente juega, bebe sorbetes.

Arslan sigue allí, lo cual tranquiliza un poco al artista. No todo está perdido. Puede que vengan más tarde. Sí, eso es, seguro. Los músicos llegarán por la noche, con los fuegos.

Miguel Ángel prueba esa sopa azucarada de cerezas, refrescada con la nieve de Anatolia o de los Balcanes que se comprime en grandes bloques y se conserva en la oscuridad, al fondo de las cisternas, cubriéndola con paja.

Le proponen una partida de corneta o de tablas reales, y rehúsa. Todavía es menos jugador que bebedor, si eso es posible. Se sienta junto a Arslan, que luce su sonrisa eterna, y le pregunta sobre sus asuntos, un tema de conversación como otro cualquiera.

—No puedo quejarme. La paz con la república favorece el comercio. Pronto tendré que regresar a Venecia. Allí poseo un almacén, no tan grande como este, cierto, pero que crece día a día.

A Miguel Ángel le cuesta entender que ese joven atlético sea un mercader. Más

bien le parece un espadachín, incluso un cortesano, pero está claro que no lo ve detrás de un mostrador, ni aun siendo veneciano. Se pregunta qué capricho del azar lo habrá puesto en contacto con Maringhi. Sin duda todos los mercaderes se conocen. Puede que incluso se compren productos entre ellos.

Los florentinos presentes están alegres, con una alegría nostálgica. Su anfitrión ha dispuesto que preparen un montón de madera en medio de la fuente de su patio para encenderla por la noche, a riesgo de prenderle fuego a todo el barrio, algo que no parece inquietarlo demasiado. Miguel Ángel recuerda las fiestas de San Juan en el palacio de Lorenzo el Magnífico, en los tiempos en que él todavía era aprendiz, y siente que su corazón se estremece. Hasta el momento, la vida solo le ha dado unos pocos momentos agradables, y años de trabajo encarnizado, de penas y humillaciones. Pero los recuerdos del palacio de los Médicis brillan en su interior con una luz especial. Más allá de la excelente formación que allí recibió, en el entorno del Magnífico, en la vida en la corte, gozaba de una seguridad casi familiar que a menudo echa en falta, ya fuese debida a la indiferencia de la juventud, o a sus ganas de aprender, jamás saciadas del todo. Se enfrentaba a menudo con sus compañeros, aprendió a sudar, a pelearse, a sufrir y a trabajar. Es en la estricta mirada de sus maestros donde se halla el padre de Miguel Ángel. En su dureza y su rara ternura.

El día comienza a desfallecer. El cielo se agrieta en color rosa, una ligera brisa marina refresca el caravasar. Las puertas se han abierto de par en par para dejar entrar el aire que ahora recorre los soportales y agita tiernamente las hojas de la higuera.

Mesihi vuelve, después de haber sido llamado de urgencia por el visir. Parece preocupado. Miguel Ángel no le presta demasiada atención.

Se siente aliviado.

Ha escuchado murmurar a los florentinos que los músicos están a punto de llegar, que van a encender el fuego y a beber.

De repente, se abandona a la alegría de la noche de verano.

Triste presagio, esa mañana murió el mono. Quién sabe si esa noche. Al levantarse, Miguel Ángel lo halló echado en el suelo, las patas replegadas, la cabeza reposando sobre el mentón, como detenido en carrera.

Michelangelo tomó la mano minúscula entre las suyas, la alzó y la dejó caer.

Recogió al animal; era como si hubiese perdido todo su peso, como si ya no pesase nada, como si solo la energía de la vida le confiriese alguna masa.

Era una cosa ínfima que ahora la muerte convertía en algo todavía más frágil.

Miguel Ángel sintió que su corazón se estremecía. Y depositó el pequeño despojo en la jaula, que había descolgado para dejarla en el suelo.

Prefería no volver a verlo, así que llamó a un sirviente para que se lo llevase de inmediato, esperando que con él desapareciese también la extraña tristeza que lo atenazaba. Lloró esa defunción como la de un niño al que apenas hubiese tenido tiempo de conocer.

Miguel Ángel sueña con un banquete de otros tiempos, donde se discutiría sobre Eros sin que el vino llegase nunca a trabar la lengua, sin que la elocución se viese afectada, donde la belleza no sería sino contemplación de la belleza, lejos de esos momentos de fealdad que prefiguran la muerte, cuando los cuerpos se abandonan a sus fluidos, a sus humores, a sus deseos. Sueña con un banquete ideal, donde los asistentes no caerían en brazos del cansancio y el alcohol, donde toda vulgaridad sería desterrada en favor del arte.

Contempla cómo los convidados se afean en el goce, todos ellos salvo Arslan y Mesihi, que se vigilan de forma extraña, como en un desafío mutuo, sin apenas llevar la copa a sus labios perfectos.

En todo ello hay un misterio que Michelangelo no acierta a penetrar. Desde su vanidad, piensa vagamente que es algo relacionado con él, con su persona.

Como cada vez que está a punto de terminar un proyecto, se siente feliz y también triste; feliz de haber acabado, y triste porque la obra no llegue a ser tan perfecta como si la hubiese creado el propio Dios.

¿Cuántas obras de arte serán necesarias para traer la belleza al mundo?, piensa mientras observa cómo se embriagan los convidados.

El fuego que danza en el estanque deforma los rostros, todos ellos terribles monstruos de otra época, gárgolas de sombras movientes. Solo una llama anaranjada lo hipnotiza, es el cuerpo de la cantante. Sus suaves movimientos, su melodía que se eleva en la noche, su mano que golpea sabiamente la percusión en medio de la indiferencia general. Michelangelo se siente ansioso.

Le gustaría tener de nuevo, en la penumbra, a su lado la voz amada. Nota que Mesihi lo mira con una extraña inquietud. Se siente agitado por sentimientos contradictorios.

Esta vez se ha guardado muy mucho de probar el fuerte vino que sus compatriotas engullen a grandes y ruidosos tragos.

A menudo anhelamos la repetición de las cosas, deseamos revivir un momento que escapó, volver sobre un gesto perdido o una palabra que jamás pronunciamos, nos esforzamos por recuperar los sonidos que quedaron en la garganta, la caricia que nunca nos atrevimos a dar, el abrazo que desapareció para siempre.

Tendido de lado en la oscuridad, Miguel Ángel se siente turbado por su propia frialdad, como si la belleza siempre lo esquivase. No hay nada de palpable, nada de alcanzable en el cuerpo, desaparece entre las manos como la nieve o la arena; nunca encontramos la unidad, jamás alcanzamos la llama; separados, los dos montones de arcilla ya nunca volverán a estar juntos, errarán en la oscuridad, guiados por la ilusión de una estrella.

Sin embargo le gusta esa piel contra su hombro, el liso escalofrío de esos cabellos extranjeros en su cuello, su perfume de especias. La magia ya no funciona. El placer lo deja de mármol.

Él desearía que lo abriesen, que liberasen la pasión en su interior.

Entonces alzaría el vuelo y ardería como el fénix.

Sientes que se acerca el final, que esta es la última noche. Habrás tenido la oportunidad de tenderme la mano, me habré ofrecido en vano. Es así. No es a mí a quien deseas. Yo no soy más que el reflejo de tu amigo poeta, ese que se sacrifica por tu felicidad. Yo no existo. Puede que ahora lo descubras, seguro que no lo sufrirás hasta más tarde, olvidarás; por más que cubras las paredes con nuestros rostros, nuestros rasgos se borrarán poco a poco. Los puentes son cosas hermosas, siempre que permanezcan. Todo es perecedero. Eres capaz de tender una pasarela de piedra, pero no sabes abandonarte a los brazos que te esperan.

Todo eso lo resolverá el tiempo, quién sabe. El destino, la paciencia, la voluntad. De tu paso por aquí no quedará nada. Rastros, indicios, una edificación. Como mi país desaparecido, allá, del otro lado de la mar. Ya solo pervive en las historias y en quienes las cuentan. Deberán hablar por mucho tiempo de reyes olvidados, batallas malogradas, animales desaparecidos. De lo que fue, de lo que podría haber sido, para que sea de nuevo. Esa frontera que trazas al volverte, como la línea que deja un palo en la arena, un día será borrada. Un día hasta tú mismo te dejarás ir al presente, aunque sea en la muerte.

Un día volverás.

Miguel Ángel observó detenidamente a la joven que tenía a su lado adormecida. Es una sombra dorada. La bujía que vacila alumbra su tobillo, su muslo, su mano cerrada como reteniendo el sueño o acaso algo inaccesible. Su piel es oscura, Miguel Ángel pasa despacio el dedo sobre su brazo, sube hasta el hueco del hombro.

No sabe nada de ella. Se ha dejado encantar por esa voz agotada, luego la ha contemplado adormecerse, mientras el fuego de San Juan se extinguía, descubriendo las innumerables estrellas de la noche de junio.

Tres palabras españolas rondan su cabeza como una melodía.

Reyes, batallas, elefantes. ^[2]

Battaglie, re, elefanti.

Las consignará en su cuaderno, como guarda un niño ferozmente su tesoro de piedras preciosas.

Mesihi acompañó a Arslan a la puerta del caravasar. Ya ebrios, los florentinos se habían ido a acostar. Solo los sirvientes de Maringhi siguen trajinando por el patio y hacen desaparecer los últimos rastros del banquete.

Mesihi mira cómo el fuego se apaga poco a poco, cómo la tristeza lo cubre con sus cenizas.

Presiente que va a perder a Miguel Ángel para siempre.

El servil Arslan es un extraño espía, un agente de Venecia y al mismo tiempo un hombre del sultán. Navega entre uno y otro, ofreciendo sus turbios servicios a ambos lados de la mar.

Aquí también existen las conspiraciones y las maniobras palaciegas, existen envidiosos e intrigantes dispuestos a todo para desacreditar a Alí Pacha ante Beyazid, para impedir la construcción de ese puente impío, obra de un infiel, para hacer caer al ministro en desgracia por medio de un escándalo.

Miguel Ángel no sospecha nada de todo eso.

Mesihi sabe que Arslan es un engranaje de esas maquinaciones, mas no puede nada contra él, mucho menos si se tiene en cuenta que, a cambio del precio de un feudo en Bosnia, Arslan acaba de revelarle el contenido del complot. Mesihi ha ofrecido todo cuanto tenía a cambio de esa información.

Ahora se siente solo y atribulado. Sabe lo que tiene que hacer.

Tendrá que alejar a aquel a quien ama para protegerlo.

Arrancárselo a la andaluza mortal.

Organizar su huida, encubrir su partida, y decirle adiós.

Voy a tener que matarte. Tú no lo sabes. No podrías creerlo. No estoy durmiendo. Estoy esperando a que tú te adormezcas, luego tomaré la negra daga que hay encima de la mesa para atravesar tu cuerpo. Nada que ver con el despecho. Es así y ya está. No tengo elección. Siempre tenemos elección. Podría renunciar ahora; renunciar al dinero, enfrentarme a las amenazas; si no te mato me hallarán ahogada en el otro lado del Bósforo, o en mi habitación estrangulada por un cordón de seda. También podría soñar. Imaginar una huida en medio de la noche, contigo o con otro. Me he resistido a este momento tanto como he podido.

No sé si voy a conseguirlo.

Voy a tener que reunir todo el odio que pueda albergar hacia tus semejantes, y no albergo ninguno. O no demasiado. Tendré que invocar a las fuerzas del pasado, imaginar que estoy vengando a mi padre, vengando a mi país perdido, vengando a los míos, dispersos, diseminados por las orillas de la mar.

Sé que no tienes nada que ver en todo esto.

Hay fuerzas que tiran de nosotros, que en la penumbra nos manipulan; nosotros resistimos. Yo me he resistido. Puede que la última barrera sea el miedo, el recuerdo de tu mano acariciándome poco a poco como descubriendo el tronco de un árbol desconocido.

Tú no me deseas y sin embargo eres tierno.

No podré hacerlo. No participo del apasionado dolor del visir que traiciona a su amante. No siento la cólera celosa del sultán que lo asesina.

Solo una vez blandí un arma, una vez horrible, y estuve temblando un año entero.

Hasta los soldados necesitan de sus aullidos, del estruendo de la batalla para reunir el valor.

Podría explicarte por qué me han confiado esta tarea, por qué azar de la vida; podría hablarte de tus numerosos enemigos, de mí, de mi historia. Pero no cambiaría nada. Esos poderosos a los que tanto temes han decidido tu suerte y la mía. Si me hubieses insuflado la locura del amor, si yo hubiese sabido seducirte, quizá entonces podríamos salvarnos los dos.

He intentado amarte para no tener que matarte.

Te has dormido.

Hay que acabar con esto.

Afortunadamente, en la penumbra apenas adivinaré tu cara, de ese modo será más sencillo; este filo es tan perfecto que te degollará sin esfuerzo, impedirá que grites; tú sentirás un cálido derramarse en tu pecho, te asfixiarás sin comprender y las fuerzas te abandonarán.

Antaño Judith obró de este modo para salvar a su pueblo. Yo no tengo pueblo que salvar, ni una vieja que me sujete el saco en que esconder tu cabeza. Estoy sola y tengo miedo.

Este filo pesa mucho más que la cimitarra de un jenízaro, contiene todo el peso de nuestras dos vidas juntas.

Me quedaré hasta el final de los tiempos con el puñal en la mano, de pie en medio de la noche, sin atreverme a partir ni tampoco a atacarte.

A Miguel Ángel lo despierta un grito, una lucha en la oscuridad; tiene miedo, rueda hasta debajo de la cama, no alcanza a entender; alguien pide ayuda, golpes confusos en el suelo; ve que enciende la luz, oye que alguien lo llama.

Se levanta con dificultad.

En el suelo hay un cuerpo de mujer ensangrentado.

Mesihi está de pie, con aire despavorido, salvaje y pálido a la vez.

Todavía blande la negra daga de Aldobrandini, que con tanta facilidad acaba de penetrar la carne de la cantante.

Michelangelo se queda atónito unos segundos. No consigue dejar de mirar el cuerpo desnudo tendido en el suelo: un charco negro crece bajo su pecho; el rostro, de lado, prácticamente cubierto por unos cabellos desordenados, es pálido como la luna; parece animado por un último movimiento que no llega a serlo, un estremecimiento apenas.

En el umbral, los sirvientes con sus palmatorias miran estupefactos, sorprendidos por la hermosa desnudez de la joven y al mismo tiempo por la violencia de la escena.

El escultor se inclina sobre aquella cuyas formas la luz por fin le revela. No se atreve a tocarla.

Se vuelve hacia Mesihi.

De repente se precipita gritando contra él, le da un puñetazo en la cara y acierta a aturdirlo; Mesihi levanta el puñal instintivamente para protegerse y hiere a Miguel Ángel en el brazo; insensible al miedo, el escultor lo golpea de nuevo, le coge la muñeca y la retuerce; es fuerte, es poderoso y está herido, y si los sirvientes de Maringhi no llegan a intervenir para controlarlo, no solo le hubiese roto los huesos; una vez en posesión de la daga, no hay duda de que hubiese terminado con el poeta de mil golpes furiosos.

Michelangelo está demasiado sorprendido y débil, demasiado dañado para llorar. Ha dejado que Manuel vende su brazo. El puñal le ha abierto una hermosa herida bien recta en el bíceps. Ha acariciado una última vez, a escondidas, los cabellos de la cantante de cuerpo frío como el mármol. Ha evitado mirar su rostro, sus ojos cerrados.

Luego el cadáver desaparece.

Miguel Ángel se ha quedado un buen rato sentado en su cama, el corazón palpitante, tratando de comprender. Y ha comprendido.

Ha comprendido la terrible venganza de Mesihi, sus celos atroces. Se imagina al poeta actuando a sangre fría, en la noche, y eso le hace temblar.

Ha preferido matar a la joven antes de que esta encantase a Miguel Ángel.

El escultor se estremece de cólera y dolor.

Conciliar el sueño le costará varios meses.

Mesihi ha decidido callarse.

Huyó en medio de la noche, herido él también, la muñeca dolorida. Fumó opio, bebió hasta vomitar, pero nada. Una y otra vez se le aparece la imagen de ese cuerpo de pie en la penumbra, con el arma en la mano; recuerda haberse precipitado contra él, haber luchado; ella gritaba, se resistía; luego dejó de resistirse, y entonces el cuchillo lo tenía él; por más que intente recordar, hasta el punto de golpearse la cabeza contra las paredes, es incapaz de entender qué sucedió, cómo sintió el contacto de un seno contra su pecho, la joven suspirando, desfalleciendo, cayendo al fin, herida de muerte.

Tiene la impresión de que ella se arrojó contra el filo.

Es algo que nunca sabrá.

Mesihi está ebrio sin estarlo.

Tiembla, llora en soledad. Se envuelve en un abrigo de oscura lana, frágil muralla contra el mundo, hasta que llegue la luz del día.

Buonaroto, no tengo tiempo de responder a tu carta, pues es de noche. Y aun cuando lo tuviese, no podría darte una respuesta firme, pues no veo el final de los asuntos que aquí me trajeron. Pronto estaré a vuestro lado y entonces haré cuanto pueda por vosotros, como he hecho siempre hasta la fecha. En cuanto a mí, me siento peor que nunca, herido y ganado por la fatiga. No obstante, tengo la voluntad de esforzarme para finalizar el proyecto. De modo que habréis de tener un poco de paciencia, ya que estáis diez mil veces en mejor estado que yo.

Tu Michelagnolo

Mesihi se ha callado.

Ha sacrificado su amor una última vez, sin esperar nada a cambio.

Ha defendido a ese franco contra su enemiga, lo ha salvado, y eso es lo que cuenta. Poco importa si al salvarlo lo ha perdido para siempre.

Quién sabe si lo olvidará, en las tabernas de Tahtakale, en los brazos de los efebos y las cantantes con ojos de huríes que vendrán a masajear sus muslos. En la belleza de la poesía y la caligrafía.

A menudo llora. Solo la llegada de la noche y los excesos logra reconfortarlo un poco.

Cuatro camisas de lana, una de ellas desgarrada y manchada de sangre, dos jubones de franela, una sobrevesta de la misma materia, tres plumas y otros tantos frascos de tinta, un espejo quebrado, cuatro hojas llenas de dibujos, otras dos de escrituras, tres pares de calzas, un compás, sanguinas en una caja de plomo, un estuche de plata lleno de sales, una pila de ese mismo metal, he aquí el inventario exacto de cuanto se halló en la habitación de Miguel Ángel tras su partida, metódicamente consignado por los escribas otomanos.

Abandona Constantinopla en secreto. Perseguido por la presencia de la muerte, turbado por el recuerdo de un amor que no supo dar antes de ser demasiado tarde, traicionado, cree, por los celos de Mesihi, engañado por los poderosos, presionado por sus hermanos y la perspectiva de volver al servicio del papa, Miguel Ángel huye tal como huyó de Roma tres meses antes, herido, desgarrado, roto.

Deja Estambul sin una perra.

Mesihi ya nunca volvió a la casa de Maringhi.

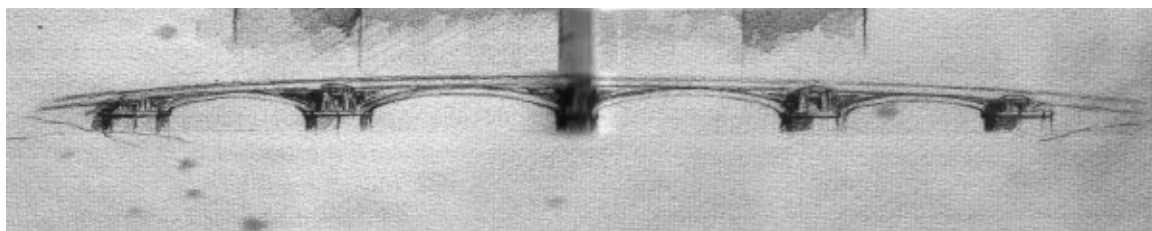
Miguel Ángel dudó si hacerlo llamar; al final no se decidió.

Ha organizado su huida con Manuel. No sabe que, en la sombra, es Arslan quien se ha encargado de todo, quien ha buscado la embarcación veneciana que lo llevará hasta Ancona, y ha pagado gran parte del precio del pasaje.

Así se desharán del embarazoso artista, perdido entre dos orillas.

La noche de su partida, en el muelle a los pies de las murallas, el divino Michelangelo no es más que un cuerpo herido y asustado, envuelto en un caftán negro, que tiene prisa por que icen la vela, que tiene prisa por volver a Florencia.

Unos cientos de metros detrás de ellos, río arriba, se alza la negra forma del andamiaje para el contrafuerte del puente que Miguel Ángel no llegará a ver.



Abraza un buen rato a Manuel como si en su lugar abrazase a otro, luego sube a bordo. Siente un dolor sordo en el pecho, lo atribuye a su herida. Las lágrimas afloran a sus ojos.

El único objeto que ha llevado consigo es su cuaderno, en el que anota unas últimas palabras mientras el navío salva la punta del Serrallo.

Aparecer, despuntar, brillar.

Constelar, centellear, apagarse.

Escondido entre las embarcaciones, Mesihi se vuelve enseguida. No quiere seguir mirando más tiempo, ya no hay nada que ver: remos sombríos golpeando el oscuro oleaje, una vela cuadrada cuya blancura no acierta a desgarrar la noche.

Ir  a perderse entre las calles de la ciudad, a perderse en los tugurios de Tahtakale; como único recuerdo de Miguel  ngel, conserva el dibujo de un elefante y, sobre todo, en un pliegue de sus ropas, la daga negra y oro que ahora le quema el vientre como si estuviese calentada al rojo blanco.

EPÍLOGO

El 14 de septiembre de 1509, en el mismo momento en que Miguel Ángel empieza a trabajar en la capilla Sixtina, Estambul se ve azotada por un terrible terremoto. Los cronistas describen con detenimiento los espantosos daños: ciento nueve mezquitas y mil setenta casas quedan completamente arruinadas, varios millares de hombres, de mujeres y de niños perecen sepultados bajo los escombros. Se cuenta que solo en la casa del visir Mustafá Pacha mueren trescientos jinetes con sus trescientos caballos. Las murallas quedan parcialmente hundidas en el lado del mar, y en su totalidad en el lado de la tierra. El hospicio de los pobres y una gran parte del complejo de la mezquita de Beyazid son destruidos. La capa que cubre los mosaicos bizantinos de la basílica de Santa Sofía cae, dejando al descubierto los retratos de los evangelistas, quienes, a decir de los cristianos, protegen tan bien las iglesias que ni una sola se ve afectada.

Sea como fuere, los santos no se preocupan por el puente de Miguel Ángel, del cual ya se han erigido los pilares, el contrafuerte y los primeros arcos: tambaleante, la obra se hunde; sus escombros serán acarreados hacia el Bósforo por unas aguas que el seísmo volvió furiosas, y ya no se volverá a hablar de él.

Dos años más tarde, el 5 de agosto de 1511, mientras Miguel Ángel, la espalda encorvada, continúa trabajando en lo alto de su andamiaje de la capilla Sixtina, Alí Pacha muere. Es el primer gran visir que muere en combate, fallece a caballo, en medio de sus jenízaros, alcanzado en pleno pecho por la flecha de uno de los chiítas del este, los tekkés, cuya rebelión se esfuerza por aplacar. Se cuenta que será vengado, de una forma horrible, por Ismail, el nuevo rey de Persia, quien de este modo deseaba conciliarse con su tan poderoso vecino, después de haber utilizado a los rebeldes para asentar su poder; una vez capturados, los asesinos del gran visir serán arrojados a una marmita de agua hirviente. Se dice que gritaron muchísimo, antes de cocerse y ser devorados por sus guardianes.

Esta terrible venganza no cambiará nada para Mesihi. El poeta, desprovisto, borracho y sin protector, se apagará antes incluso de la finalización de esa bóveda tan célebre en que Dios le da la vida a un Adán cuyo rostro tanto se parece al del poeta turco.

Dos dedos tendidos que no llegan a tocarse.

Mesihi morirá a la puesta del sol, una tarde de julio de 1512, pobre y solitario, tras haber buscado en vano un nuevo mecenas. Uno de sus últimos versos ha llegado hasta nosotros:

*Mi Dios, no me enviéis a la tumba antes de que mi torso haya llegado a
acariciar el pecho de mi amigo.*

Puede que por ser impío y asesino a su pesar, o acaso por ser un ruego indecente, su deseo nunca será complacido. Mesihi se apagará en un estertor sin poesía, en un ronco soplo engullido enseguida por la llamada a la oración del poniente, que ya manaba de innumerables minaretes.

Al sultán Beyazid segundo le gustaban los puentes.

Entre todas las obras de arte que hizo edificar en las veinticuatro provincias de Asia y las treinta y cuatro de Europa que entonces formaban su Imperio, se cuentan: un puente de nueve arcos sobre el Kizil Irmak en Osmandjik; de catorce arcos sobre el Sakarya; de diecinueve arcos sobre el Hermo en Sarukhan; de seis sobre el Khabur, de ocho sobre el Valtá, en Armenia; de once arcos cortos y sólidos para dejar pasar al ejército cerca de Edirne; sin contar todos los puentes de madera arrojados al azar de las corrientes de agua de menor importancia con que se topaban sus jenízaros o sus administradores.

Murió poco después de haber abdicado en favor de su hijo Selim, en 1512, de camino hacia Demotika, su lugar de nacimiento y al que jamás llegó. El veneno administrado por un esbirro de Selim, o esos otros venenos que son la tristeza y la melancolía, pudieron con aquel que había soñado con una obra en Estambul firmada por Leonardo da Vinci o Miguel Ángel Buonarroti: según se dice, rindió el alma cerca del pueblo de Aya, bajo su palio rojo y oro, cerca del pilar de un pequeño puente sobre la ruta de Adrianópolis, a cuyo amparo lo habían instalado.

Mucho tiempo después, en febrero de 1564, le llega el turno a Miguel Ángel; se prepara para desaparecer.

Diecisiete grandes estatuas de mármol, cientos de metros cuadrados de frescos, una capilla, una iglesia, una biblioteca, la cúpula del templo más célebre del mundo católico, varios palacios, una plaza en Roma, fortificaciones en Florencia, trescientos poemas, sonetos y madrigales, otros tantos dibujos y estudios, un nombre asociado para siempre con el Arte, con la Belleza y con el Genio: he ahí, entre otras cosas, lo que Miguel Ángel está a punto de dejar tras de sí unos días antes de su octogésimo noveno aniversario, sesenta años después de su viaje a Constantinopla. Muere rico, su sueño cumplido: le ha rendido a su familia su gloria y sus posesiones pasadas. Espera ver a Dios, y sin duda lo verá, pues cree en él.

Sesenta años son muchos años.

Entretanto, y a falta de haberlo conocido, escribió sonetos de amor, aferrado al recuerdo de un mechón de cabellos muertos.

A menudo acaricia la cicatriz blanquecina de su brazo y piensa en el amigo perdido.

De Estambul, le quedan una luz vaga, una sutil dulzura mezclada con amargura, una música lejana, formas suaves, placeres enmohecidos por el tiempo, por el dolor de la violencia y de la pérdida: el abandono de las manos que la vida no dejó tomar, rostros que ya no serán acariciados, puentes que todavía no se han tendido.

NOTA

La cita inicial, que trata de reyes y elefantes, pertenece a Kipling, en la introducción de *El hándicap de la vida*. Fue Pierre Michon quien me habló de ella.

En cuanto al asunto que aquí nos interesa, puede rastrearse fácilmente lo que sigue:

La invitación del sultán es relatada por Ascanio Condivi (biógrafo y amigo de Miguel Ángel) y mencionada también por Giorgio Vasari. El dibujo de Leonardo da Vinci para un puente sobre el Cuerno de Oro existe y se conserva en el Museo de la Ciencia de Milán.

Las cartas de Miguel Ángel a su hermano Buonarroto o a Sangallo aquí citadas son auténticas, las he sacado de su *Carteggio*. Los planos de Santa Sofía enviados a Sangallo por Miguel Ángel se encuentran en la Biblioteca Apostólica Vaticana, en el código Barberini.

La anécdota de Dinócrates aparece en Vitruvio, al principio del libro II de su *De architectura*.

La historia del sultán y del visir andaluces corresponde a un episodio de la biografía animada de Al-Mu'tamid, último príncipe de la taifa de Sevilla.

La daga damasquina negra realzada en oro se expone en una vitrina del tesoro de Topkapi.

La biografía de Mesihî de Pristina el *shahrengiz* figura en todas las historias de la literatura otomana, pero principalmente en Gibb, en el segundo tomo, así como los extractos de su poesía aquí reproducidos.

Las vidas de Beyazid segundo, de su visir Alî Pacha y del paje genovés Menavino, mi Falachi, están ampliamente documentadas en las crónicas contemporáneas o posteriores.

El terremoto que por desgracia asoló Estambul en 1509 es real, como lo son los daños que causó.

Sobre el resto, nada se sabe.



MATHIAS ENARD nació en 1972 en Niort, Francia. Tras cursar estudios de árabe y persa y pasar largos períodos en Oriente Medio, se establece en Barcelona en el año 2000, donde participa activamente en varias revistas culturales, entre, ellas la extinta *Lateral*. Miembro del consejo de redacción de la revista *Inculte* en París, en 2005 fue elegido escritor residente en la prestigiosa Villa Médicis de Roma, y hasta 2009 ejerció de profesor de árabe en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Mathias Enard es autor de las novelas: *La perfección del Tiro* (2004), *Remontando el Orinoco* (2006), *El manual del perfecto terrorista* (2007) y *Zona* (2008). *Habladles de batallas, de reyes y elefantes* es su nueva novela.

Notas

[1] En italiano en el original. En lo sucesivo, mantenemos la cursiva del original para indicar las veces que «maestro» aparece en italiano. (*N. del T.*) <<

[2] En español en el original. (*N. del T.*) <<